

mente. La verdad es que enunciaron una, aunque muy sumariamente. Diógenes Laercio, el historiador de la alta cultura helénica, ágil y vivaz como un ensayista de los tiempos modernos, la registra en estos términos: «Tres son las partes de la filosofía: física, moral y dialéctica. La física trata del universo y de las cosas que contiene. La moral de la vida humana y de las cosas a nosotros concernientes. Y la dialéctica examina los principios y razones de ambas».

Nada más. Estas brevísimas expresiones vislumbran los dos grandes reinos de ciencias de la clasificación amperiana: la física, el de las *ciencias cosmológicas* y la moral, el de las *ciencias noológicas*. Diógenes Laercio se limita a enumerar las partes de la filosofía. No fundamenta el concepto, como si se tratara de algo muy corriente a la sazón: a tal punto aparece captado por los pensadores de aquel pueblo, elaborador de ideas madres. Y si en pleno siglo XIX Comte encierra el conjunto del saber en seis ciencias fundamentales, no es de asombrarse que los griegos lo englobaran en tres. La más llamativa es la dialéctica. Pone de relieve el sello racional de la filosofía helénica: hasta la física reposa sobre fundamentos dialécticos. Los elementos empíricos que se diseñan en los atomistas se supeditan a los racionales, apenas emplean el experimento y, salvo algunas excepciones egregias, omiten los elementos matemáticos, no obstante constituir las matemáticas la obra maestra del genio griego en el campo de las ciencias.

A Ampère se le pasa inadvertido aquel remoto antecedente. No empaña su originalidad, pues el rapidísimo barrunto de Diógenes Laercio, asume en él proporciones de titánica empresa intelectual, en medio de un período en el cual los conocimientos adquieren un desarrollo jamás entrevisto. A través de siete divisiones dicotómicas, este sabio insaciable, no contento con las numerosas ciencias existentes, se solaza y atormenta alternativamente crean-

do con la imaginación multitud de otras nuevas y concluye por trazar el esquema de 128 ciencias de tercer orden, 64 cosmológicas y 64 noológicas, conforme a una simetría y oculta correspondencia entre los dos majestuosos reinos, artificiosa, a decir verdad, pero no exenta de belleza matemática. Como ajeno y superior a su época, este preclaro filósofo y genial físico —que se ha creado a sí mismo en un esfuerzo prodigioso, autodidácticamente, pues no cursó ni las aulas de las escuelas primarias en un país de fina y secularmente sedimentada cultura—, erige el reino de las ciencias del pensamiento o noológicas. Y esto cuando señorea, dominador, el positivismo. Admira su intrepidez y su audacia.

Los griegos, es cierto, abrieron ancho, soleado camino, en ambos reinos. Primero exploraron el universo. Luego Sócrates descubre al hombre como inagotable venero de meditación e imprime el viraje más profundo en la historia de la filosofía: a partir de él, el hombre se adentra en las recámaras del propio laberinto e incorpora a la investigación el mayor de los enigmas. El universo y el hombre son las dos vertientes de la filosofía. El pensador trata de asirlas en un supremo anhelo de unidad.

VII. — ¿Se vinculan a esos dos problemas capitales de la filosofía dos grandes agrupaciones de ciencias? Kant, que no era matemático ni físico de profesión, sólo confiere dignidad científica a las ciencias de la naturaleza, por ser las únicas que admiten tratamiento matemático. Y Ampère, pocos decenios más tarde, siendo matemático de nota y físico de primera magnitud, el «Newton de la electricidad», no sólo admite las ciencias del hombre, sino que le concede una jerarquía pareja a las cosmológicas. Esta disparidad de criterio persiste hasta nuestros días. Nadie osa negar cuño científico a las matemáticas, la astronomía, la física, la química y la biología, pero se cuestiona, en cambio, que lo tengan la psicología, la sociología,

la historia o la moral, pongamos por caso. Si en la definición del concepto de ciencia se carga el acento sobre la medición, porque las mentadas, no miden, propiamente. Si sobre la exigencia de la legalidad, porque no hay, alegan, verdaderas leyes históricas o sociales. Si sobre la exigencia de la causalidad, porque el hombre se atiene más que a causas, a fines, a lo telético. Y así sucesivamente van desechando la posibilidad de que se constituyan como ciencias. Aun después del inmenso esfuerzo que por fundamentarlas desplegó Dilthey, persiste la tesis. Sólo rozamos el tema. Escapa a nuestro intento de hoy plantearlo de lleno y ofrecer una solución.

Desde luego, involucra el prolijo examen de la noción de ciencia. Si éste implica atributos muy rigurosos, el área de las ciencias se circunscribe demasiado. Y si son más elásticos y flexibles, no habría zona del conocimiento que tenga o pueda llegar a tener carácter científico. Entre estos dos extremos caben numerosos matices intermedios. Ninguno ha dejado de contar con sus paladines. Imposible una mayor disparidad de criterio. Quien desee dilucidarlo, habrá de plantearse un problema previo. ¿Existe la *ciencia* o las *ciencias*? En el universo no hay ciencia ni ciencias, como existen astros, océanos o cordilleras. En el universo sólo se disponen los objetos o cosas que el científico estudia. Las ciencias son creaciones humanas, inventadas a objeto de poner orden en el universo, captarlo intelectualmente, comprenderlo y utilizarlo en beneficio de la sociedad. En los comienzos del saber sistemático, todas las ciencias se presentaban unificadas en la filosofía. Luego, la división del trabajo intelectual y las propensiones innatas de cada investigador, determinó la separación paulatina y gradual del saber científico del filosófico. Desde entonces sólo existen *ciencias*, en plural; la *ciencia* es una abstracción, obtenida por aislamiento de los rasgos comunes a todas ellas. Comprobación importante: existiendo en la realidad multiplicidad de ciencias, el mero cultivo de

una desentendiéndose de las restantes, no autoriza a emitir el concepto genérico de ciencia. Éste rebasa los lindes de cada ciencia particular, como que las comprende en su totalidad. Síguese de aquí que el concepto de ciencia queda ubicado, por su propia naturaleza, más allá de las fronteras de las mismas ciencias. Se desenvuelve en el ámbito de la filosofía y, más especialmente, en el de la epistemología.

Aquí no terminan las dificultades; antes bien, comienzan. Según establecimos, existen cuatro variedades de epistemólogos. Cualquiera de los incluidos en una de ellas, puede verter un concepto firmemente fundado de las ciencias, a condición de respetar una regla esencial: la de elevarse por encima de la ciencia particular que cultiva personalmente, a fin de que, como reza la conocida sentencia popular, el árbol no impida ver el bosque. De lo contrario, sin proponérselo, los hábitos contraídos inspirarán su noción general de ciencia. Estando persuadido de haberlas definido a todas, sólo habrá definido a una o al grupo que integra. Como un espécimen de lo que venimos señalando, recordaremos a Lamarck. Este ilustre sabio posee la curiosidad universal de los pensadores y filósofos iluministas del siglo XVIII francés, si bien deja huellas profundas en historia natural. Su obra zoológica relega a un olvido injusto la labor meritísima del botánico; también es muy estimable la del paleontólogo de los invertebrados y la del geólogo. Se interesa por la meteorología y hace pocas afortunadas excursiones en química. Es un epistemólogo de las ciencias naturales, creador del vocablo biología, cuya paternidad comparte con el filósofo de la naturaleza alemán Treviranus. No son muchos los sabios que señalen con tanta nitidez la necesidad de una filosofía como esencial a la constitución y avance de las ciencias. En este sentido es un precursor. Escribe en la *Filosofía Zoológica*: «Toda ciencia debe tener su filosofía y sólo por esta vía realiza progresos reales». Y en seguida:

«Si la filosofía de las ciencias es descuidada, los progresos de las mismas carecerán de realidad y toda la obra será imperfecta». Todavía rematará el juicio y añadirá que únicamente la fijación de las relaciones próximas o lejanas entre las diversas producciones de la naturaleza, comunicará a la historia natural «alguna solidez a sus principios y una filosofía que las constituya en verdaderas ciencias». Pues bien, un investigador tan original, un filósofo de la biología, un pensador preocupado por el problema del saber, como lo atestigua su libro *Sistema analítico de los conocimientos del hombre*, cuando procede a definir a la ciencia queda aprisionado en las redes sutiles de las que practica cotidianamente. La caracteriza como «el conjunto de principios y consecuencias, deducidos convenientemente de los hechos observados».

Y el filósofo Destutt de Tracy, uno de los padres de la *ideología* —asignatura que será profesada en la flamante Universidad de Buenos Aires, a iniciativa de su amigo Bernardino Rivadavia—, no irá más lejos. Ciencia para él —y su definición será recogida por sus discípulos argentinos—, es «una reunión de hechos ligados entre sí, por principios generales o por una teoría». A despecho del valor que reconocen a la razón en aquella reverberante etapa de la filosofía iluminista, Lamarck y Destutt de Tracy dejan de lado a diversas ciencias y, entre ellas, a las matemáticas, nada menos, por pensar en las de corte pronunciadamente empírico. Y otro pensador más próximo a los días actuales, el sabio inglés Pearson, establecerá que la ciencia es «la clasificación de los hechos y la formación de juicios absolutos sobre la base de esta clasificación-juicios independientes de las idiosincrasias del alma individual», o, también, «la clasificación de los hechos, el reconocimiento de su secuencia y significación relativa», donde se pone de resalto la subrayada limitación.

Nos sería fácil seguir ejemplificando. Ya no tendría objeto. Es más común, todavía, formular definiciones ba-

sadas en una severa exigencia matemática. Excluyen las llamadas ciencias noológicas o del espíritu y hasta algunas de la naturaleza. La actitud viene autorizada por preclaros filósofos desde Pitágoras y Platón a nuestros días. Pero no es lo mismo inferirla de una madura y serena contemplación del cuadro general de las ciencias que sentarla dogmáticamente, sin abandonar el recinto de las ciencias matemáticas y penetrar en la índole de las demás. En este último caso se incurre en una actitud antifilosófica y anticientífica. No se obra de acuerdo a esa austera objetividad que tanto singulariza a las matemáticas. Esa conducta oculta frecuentemente desdén o menosprecio por las restantes ciencias.

VIII. — ¿Cómo evitar estas generalizaciones apresuradas y tamañas exclusiones, a ratos ajenas al ánimo de quienes las hacen? Procediendo con verdadero espíritu epistemológico. Tal el servicio inestimable que los cultores de esta disciplina podrían prestar por igual a filósofos y hombres de ciencia. Los mejor colocados para fundamentarlo son los pertenecientes a la primera variedad de epistemólogos —esto es, los que dirigen miradas de conjunto, no exentas de profundidad, al panorama total de las ciencias—, o los que, integrando cualquiera de las otras tres variedades de epistemólogos, adoptan una postura espiritual, al enfocar el tema, similar a la de aquéllos.

La epistemología es la rama del saber indicada para deshacer cantidad de equívocos, eliminar manifiestas contradicciones y despejar el sendero de acceso a un concepto más depurado de las ciencias. Les bastará, nos parece, con atenerse a ciertas normas que fluyen de los principios en que aquéllas se sustentan. Las principales, a nuestro juicio, son las siguientes:

- 1ª No formular de entrada ni admitir sin previo examen ninguna definición. En epistemología, ésta constituye un punto de llegada, no de partida.

- 2ª Clasificar las distintas definiciones propugnadas por los autores y reunir las, por razones de afinidad, en grupos homogéneos.
- 3ª Comparar esos grupos, estudiar sus fundamentos y establecer las coincidencias y las discrepancias existentes entre ellos.
- 4ª Analizar a las ciencias tales como están constituidas en la realidad, no como uno desearía que lo estuviesen.
- 5ª Consultar el desarrollo histórico de las ciencias, cual antecedente obligado de su estado actual.
- 6ª Cotejar los conjuntos de conocimientos cuya dignidad científica motiva debates con los de las ciencias consagradas, atendiendo especialmente:
 - a) Al objeto de cada uno de ellos;
 - b) A las operaciones mentales que suponen;
 - c) Al espíritu que guía al investigador; y
 - d) A los métodos empleados.
- 7ª Proceder con sentido crítico y unir, en su aplicación, la objetividad inherente a las ciencias, a la tendencia unificadora y sistematizante de la filosofía.

La índole preliminar de estas sencillas sugerencias —insuficientemente observadas hasta la fecha—, nos veda de entrar a desarrollarlas, como quisiéramos. En apretada síntesis, expresaremos que singulariza a la epistemología, dentro de la familia de disciplinas filosóficas, el contemplar a las ciencias tales como se presentan en la realidad. Sobre esta base exploran su estructura interna, el lugar que ocupan en el cuadro de los conocimientos, sus conexiones recíprocas y con las restantes formas del conocimiento. Cada una ostenta su peculiar semblante. El epistemólogo escudriña sus rasgos sobresalientes, sin alterarlos. Ese semblante no se explica por sí mismo. Lo explica su pasado, con el cual integra una unidad indivisa. Las ciencias se forjan y modelan en el yunque de la historia. «La

historia de la ciencia es la ciencia misma» —asevera luminosamente Goethe.

La historia nos enseña, además, a no dar nunca por acabada una ciencia particular y a no exhibirse arrogante o despectivo frente a cualquier rama del saber. Muy aleccionante ejemplo el de la medicina. Antes de la colosal renovación que experimentara en la segunda mitad del siglo XIX, llevaba realizadas algunas notables adquisiciones; permitían vislumbrar su porvenir. Sin embargo, cuando Laplace propuso en la Academia de Ciencias de París la incorporación de galenos a la docta corporación, la iniciativa fué recibida displicentemente por sus cofrades. —No son hombres de ciencia— le dijeron. Laplace no se tomó la molestia de disuadirlos. Una espiritual evasiva suya soslayó la controversia: «así, les replicó, alternarán con hombres de ciencia». En la Academia se sentaban matemáticos, astrónomos, físicos, químicos, naturalistas, pero no médicos. Sólo cederían más tarde ante la evidencia.

El cotejo de las llamadas ciencias noológicas, del espíritu y también culturales con las de la Naturaleza desde el cuádruple punto de vista que apuntamos, serviría de acicate a fin de llevar a cabo un parangón más a fondo del estilado corrientemente. No basta atender al objeto de cada rama del saber. Conviene indagar si motivan similares operaciones mentales y si los métodos aplicados no acortan distancias. Los métodos, a nuestro entender, son algo más que los preciosos instrumentos usados en el hallazgo y demostración de la verdad. Son los auténticos agentes intermediarios entre el sujeto y el objeto del conocimiento científico. Dada su innegable importancia, este papel demanda un sitio de honor en el concepto a definir.

Proceder orientado por un despierto y vigilante sentido crítico, facilitará, en no pequeña escala, la destrucción de preconceptos, sofismas, paralogismos y contradicciones. Y el dirigir la vista al vasto panorama de las ciencias, nos preservará de caer en hermetismos, exclusiones y unilate-

ralidades inoperantes. A no dudarlo, contribuirá al imparcial enfoque del antagonismo entre las dos tendencias que bregan por adueñarse de las ciencias: por un lado, la de reducir de tal manera las ciencias complejas a las de más sencilla trama, que les resta especificidad y diversificación. Y por el otro, el anhelo, en principio inobjetable, de rodear de personalidad a cada ciencia particular, suele traer como consecuencia la artificiosa rebusca de atributos privativos y la inadvertencia o el menosprecio por las notas comunes a las ciencias hermanas y a las de estructura más simple y general.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, Juan Bautista Vico, el profeta de la historia, sintió en carne propia los efectos arrolladores del auge de las matemáticas y de las ciencias cosmológicas sobre el pensamiento de esa y de las anteriores centurias —desde el 1500— y notó cómo el mecanicismo y la geometrización cartesianas se presentaban como una valla formidable al desarrollo y al auge de la *nueva ciencia*, cuyos cimientos echara en medio de su imponente soledad intelectual. Y en su reacción fué excesivo. Después de consumada la gigantesca obra de Copérnico, Galileo, Kepler, Descartes y Newton, negó al pensamiento la posibilidad de penetrar en la naturaleza y sostuvo, en cambio, que podía apoderarse de los secretos de la historia y de la sociedad, porque el hombre la constituye y el hombre entiende al hombre. Como si el hombre no fuera el peor arcano para el hombre y este hecho no dificultara la constitución de las ciencias que lo estudian.

Ahora, transitando por otra vía, Rickert propicia una actitud más radical que la del filósofo italiano. Quiere concluir con la exigencia milenaria, acatada universalmente hasta nuestra centuria, según la cual no hay ciencia sino de lo general: exigencia formulada por Aristóteles y ratificada, más tarde, por Santo Tomás de Aquino. Las ciencias culturales serían, a su juicio, particularizantes e individualizadoras. Y de tal guisa, agravan y consolidan

aun más el problema y ahondan la escisión entre las ciencias de la naturaleza y las del hombre.

Tamañas discrepancias y la proliferación de puntos de vista parciales, de los más variados y opuestos entre sí, amenaza con despojar al concepto de ciencia de todo sentido inteligible. Viene oportunamente cualquier conato de poner orden en semejante desconcierto y sujetar el debate del tema a normas claras. Nadie pretenderá solucionar definitivamente la cuestión. Empezamos por manifestar que constituye un importante problema filosófico, y los asuntos de este linaje nunca dan lugar a soluciones exclusivas. Caben, más, son necesarias, las soluciones plurales, la contemplación del punto desde diferentes miradores y con un ángulo de visión distinta. Pero si no se procede con amplitud y sopesando la mayor suma de elementos de juicio, el concepto de ciencia se convertirá en la Babel de las ciencias. Las normas que prohijamos no tienen la grotesca intención de dar término al problema. Se proponen, únicamente, clarificarlo y enderezarlo por un camino menos sembrado de escollos: el camino en el cual la objetividad de las ciencias se enlaza con el ansia de sistematización vertebrada y de unidad orgánica de la filosofía.

ALBERTO PALCOS.

Tres voces del momento

Inquietud, angustia y ansiedad son palabras que se han convertido de uso tan frecuente que pueden reputarse características del vocabulario contemporáneo. Al comentar hace algún tiempo *El Castillo*, la alucinante novela onírica de Franz Kafka, distinguíamos tres partes. La primera, la más corta, donde el personaje se halla en una población extraña, mal alojado en un albergue de ambiente hostil, está invadida de angustia. La segunda, punteada de un sinnúmero de raras peripecias en el interminable camino al castillo, en el que espera un ocupante desconocido, lleva el sello de la ansiedad para recaer en la angustia dentro del castillo. En *El Proceso* es la opresión de la angustia lo que domina casi toda la obra. Así, pues, la angustia se deriva del padecimiento mismo, de modo directo, estando inmerso en el sufrimiento, cuyo origen psicológico se desconoce y que pasando al predio de la inquietud intelectual en filosofía se asemeja al abismo metafísico. La ansiedad dimana del suspenso, experimentándose ante el desenlace posible de un trance difícil. La angustia se aloja en las zonas más profundas del ser frente al absoluto. Si no es de índole puramente somática, se identifica con el padecimiento moral, en tanto que la ansiedad surge frente al peligro, real o imaginario, y se alimenta de la incógnita encerrada en una amenaza, verdadera o ficticia. La angustia es la agonía de la existencia misma, la ansiedad el tormento de la incertidumbre, de la indefinición: el suplicio de Tántalo. La primera puede paralizar o aniquilar, mientras que la segunda flagela y azuza, pero confunde y entorpece. Como en los sueños, amarra a la vez que agui-

jonea. La angustia desespera. Mas, la ansiedad alterna la esperanza y el miedo, suscita a la vez el deseo y el temor de conocer. Sin embargo, los dos términos se están empleando cada vez más de modo indistinto, por simple descuido. Inquietud es otra palabra que se ha constituido en el tercer miembro de un trinomio. Al igual que la ansiedad, está asociada a la duda pero es menos emocional. Se trata de un estado de conciencia confinado a la actividad intelectual, movido por cuestiones que se plantea el pensamiento. Hay, claro está, intranquilidad. Pero la mente está agitada por preocupaciones que, precisamente, aspira a desvincular de los influjos perturbadores del sentimiento, el instinto y el subconsciente, si bien no logra, por supuesto, a liberarse por completo de ellos, ni sería conveniente que así sucediese. Su fermento reside en la bipolaridad de la duda, pero la ansiedad, que es emocional, conjuga, como ocurre en *El Castillo*, la esperanza de llegar a una meta con el temor a lo desconocido.

La inquietud se zafa de los tentáculos de la angustia y la ansiedad. Se plantea preguntas para ir más lejos. Duda para arribar a la certeza. Es el caldo de cultivo de los gérmenes de la creación. «El espíritu es, frente a la naturaleza, afirma Ortega y Gasset en *Ideas y Creencias*, la inquietud misma, porque es exclusivamente actuación; un espíritu quieto es una contradicción en el adjetivo. La piedra puede estarse quieta pero el espíritu no». No hay actividad creadora de la conciencia sin inquietud. La serenidad total sólo cabría en posesión de lo absoluto, inaprehensible por el hombre, una hipóstasis turbadora que lo mismo puede fecundar la mente como devenir un espectro angustiante. Con todo, cierto desprendimiento de la materia reduce el peso de la angustia y la ansiedad, emancipando la actividad intelectual.

El inquieto es desconfiado. De allí el recelo de los dogmáticos hacia los intelectuales dudosos y cuestionadores, según se advierte en *El Condenado por Desconfiado*

de Tirso de Molina. La sabiduría, en cambio, es cosa muy distinta. Al revés del buscador inconforme, el sabio ha encontrado un orden de cosas digno de ser acatado y observa la actitud equilibrada correspondiente. Sobre esta base le es dable impartir con serenidad consejos valiosos, pero no crea, por lo mismo que no confronta conflictos ni precisa de nuevos derroteros. Mas, la inquietud, que nada tiene que ver con la inestabilidad patológica, puede trocarse en angustia cuando los conflictos se recrudecen y persisten demasiado, adquiriendo un cariz emocional psicológico. Gabriel Marcel incluye en *El Hombre problemático* un enjudioso trabajo sobre el trinomio de marras. Aunque al principio le confiere un carácter demasiado emocional a la inquietud, allegándola a la inestabilidad sicopática, luego rectifica, reconociéndole una función intelectual más desasida. Con todo, tampoco cabe reducir la inquietud a la actividad de la conciencia aislada por completo del sentimiento y la sensibilidad. La compartimentación excesivamente delimitada hace perder de vista la nulidad sensible de la estructura general.

El reconocimiento de la vigencia del freudismo dentro de ciertos límites, no excluye que fuera de esas fronteras el carácter antitético de los planteamientos de la actividad consciente redunde en trastornos neuróticos, los cuales no implican una oposición natural entre la conciencia y la subconciencia. H. Baruk, al admitir la bipolaridad del pensamiento, fundado en ideas contrarias, apunta, sin embargo, que Freud «ha buscado una explicación... a las obsesiones suponiendo que la idea contraria que escandaliza al sujeto corresponde a un deseo real pero inconsciente». «Siguiendo sus teorías habría que creer que la persona piadosa es, en realidad, hostil a la religión en su inconsciente, que la madre que adora a su hijo le odia inconscientemente, que la obsesión manifiesta, de hecho, un deseo real pero reprimido». Esta explicación freudiana

es un buen punto de partida para llegar a la ley de la bipolaridad; pero Freud, desgraciadamente, no ha podido desprenderse suficientemente de su forjación lógica racional de ideas simples y ha quedado detenido sin llegar al fondo de la cuestión. Es más, por esta misma razón ha falseado el problema. En efecto, admite una lucha entre el consciente y el inconsciente bajo forma de dos ideas opuestas. En el plano metafísico está uno impregnado de dualismo, es decir, de la oposición de dos principios diferentes: por un lado la exigencia social; por otro el deseo del instinto. Freud ha creído que liberando y dando a conocer al consciente lo que él llama deseo del inconsciente, el sujeto quedaría con todo ello liberado de su obsesión. De hecho, este resultado se obtiene muy raramente o tan sólo en casos limitados en los que puede existir la represión freudiana. El error consiste principalmente en generalizar esta represión freudiana y admitirla incluso cuando no puede ser probada. Pero en lo que atañe a la bipolaridad del pensamiento y la actividad de la conciencia, la agudización de los conflictos conduce de la inquietud a la angustia, la misma que apuntaba ya Kierkegaard al hablar del hombre en el trance de tener que elegir entre el bien y el mal.

Así, la polarización de las opiniones y las tendencias que ha ido acentuándose cruelmente en todos los campos de la convivencia humana a partir de 1930, provoca la angustia que caracteriza nuestro momento histórico.

Gabriel Marcel, citando a Littré, empieza con el señalamiento, entre otros, de la diferencia que separa la angustia de la ansiedad, que son opresivas, y la inquietud, a la que le atribuye, sin embargo, una sensación física que domina en forma casi exclusiva, aunque admite que en el lenguaje corriente se aplica a veces la palabra en sentido moral y psíquico, siendo, empero, esta última acepción, a nuestro modo de ver, la más valedera. El autor apunta luego que en época más reciente, a fines del si-

glo XIX, Brissau distingue la angustia como fenómeno físico y la ansiedad, por el contrario, como puramente psíquico y, si bien suelen ser concomitantes, pueden producirse separadamente. Marcel afirma que la ansiedad es una reacción mucho más viva que la angustia, siendo ésta el «dolor que no puede llorar». «El ansioso, más combativo, se debate contra la desgracia y el peligro; el angustioso está abrumado por la emoción que lo paraliza». Este aspecto resulta sobremanera importante, al igual que el siguiente: «la ansiedad... no puede separarse de la inquietud. A medida que ésta se precisa o se intensifica; a medida que el tornillo se ajusta, tiende a convertirse en ansiedad». Asimismo, opina con Boutonier, que «la angustia se vive más de lo que se la piensa mientras que se piensa la ansiedad tanto como se la vive. «El angustiado está paralizado en su angustia mientras que el ansioso «trata de salir de su ansiedad haciendo algo». Más adelante el autor aclara que la inquietud no se contrae a la duda, ya que ésta puede incluso convertirse en eufórica si se trata de un escéptico, al paso que el inquieto se atormenta con la duda. Añade el ensayista que el inquieto puede obsesionarse hasta convertirse en un caso patológico, pero Marcel tiene en cuenta que desde el momento en que el individuo deviene un angustiado, penetra un terreno que ya no es el del inquieto, o sea el intelectualmente preocupado.

Desde el punto de vista patológico, Burloud en *Psicología de la Sensibilidad*, declara que «la angustia se da en las emociones violentas, en cierto número de enfermedades y en especial enfermedades mentales; es muy frecuente en las melancolías y constituye la característica esencial de la llamada neurosis de angustia». Y añade que «la angustia es un estado ambivalente en el sentido en que el sujeto se halla entre dos tendencias». «Ello ocurre ya en la ansiedad en la que se oscila entre un temor y un deseo, o entre una esperanza y una desesperación».

La diferencia reside en que la primera sume o hunde al individuo en una situación, mientras que el ansioso busca o anticipa una salida. Advierte Bulroud que «antes de especular con lo absoluto, los filósofos deberían meditar sobre la relatividad del sentimiento del absoluto». Más adelante afirma que «la angustia desemboca en un pesimismo radical de tipo schopen-haureano o incluso en una filosofía de la nada del tipo de la de Jean Paul Sartre o en fin en *L'Homme revolté* de Albert Camus, quien representa un buen exponente del malestar en la conciencia culta de nuestro tiempo».

La inseguridad dubitativa se traduce en la búsqueda de la certeza y, en el dominio religioso, en lo que Bulroud define como «itinerario del alma hacia lo absoluto», el anhelo de alcanzar una meta imposible ampliamente tratado por Kierkegaard, engendrando la angustia del hombre colocado en una situación ambigua sin salida más que en la oposición psicológica entre dos compartimientos antagónicos y estrictamente delimitados. El origen está, de hecho, en la pugna entre la conveniencia de la naturaleza y la noción de lo justo, lo correcto, con las consiguientes peligrosas abstracciones aun dentro del terreno más seguro de un concepto de lo adecuado; sin divisiones que implicarían el rompimiento de la unidad fundamental de cada ser humano, por lo mismo que ésta subsiste sin ajustarse a un patrón general abstracto que resolvería todos los conflictos y haría superflua la propia psiquiatría. Mas, no existe divorcio completo entre sensibilidad y razón. Por eso cada cual entiende la verdad a su manera, por sobre los denominadores comunes del género humano. Todo individuo se hace cargo, sin embargo, de que más allá de las verdades particulares debe haber una sola, que es la justa. La responsabilidad que acarrea el reconocimiento de esta supremacía no puede por menos que suscitar situaciones contrarias a la libre manifestación de los instintos naturales, aunque el propio instinto de con-

servación indujo al hombre a organizarse. Así, surgen contradicciones entre la conveniencia inmediata y la de largo alcance, y hacemos primar la seguridad de ésta sobre la de aquélla, aunque a menudo nos equivocamos. La angustia de la coyuntura alterna con la ansiedad suscitada por la perspectiva. No existe, sin embargo, una muralla entre la subconsciencia y la conciencia, la que opera de continuo con el auxilio del instinto, del que es una manifestación superior.

Pero la actividad reflexiva de la conciencia requiere una ruptura temporal con el mundo exterior. Es preciso, por decirlo así, cerrar los ojos. «Ahora bien, la retorsión de la atención hacia dentro de sí es, zoológicamente considerada, un apartamiento del contorno más radical y profundo que el sueño mismo», escribe Ortega y Gasset en *Ideas y Creencias*, «es el soñar despierto, pensar. El hombre no llega a hacerlo suficientemente sino en aquellas condiciones de paisaje que no son premiosas y le permiten recogerse en sí mismo, concentrarse, aislarse o cerrarse frente a la naturaleza. He allí el espíritu en su primera actividad, en su libertad negativa, que le hace evadirse de la naturaleza. En el hombre civilizado es tan fuerte ya el hábito de vivir dentro de sí y no en su contorno, que nos deprime la idea de verros obligados a atender constantemente las vicisitudes del mundo en derredor. Entonces pensamos que la selva, la selva abierta, es la más auténtica prisión, y que el hombre es el animal que se ha escapado de ella y se ha libertado metiéndose dentro de sí mismo. Naturaleza y espíritu serían, según esto, dos direcciones antagónicas de la atención: el «hacia fuera» y el «hacia dentro». Los pares opuestos parten, pues, de la propia naturaleza que creó al hombre, el que sin embargo se vió precisado a defenderse de la misma sin poder, empero, pasarse de ella, de suerte que la escala conflictiva es la siguiente: naturaleza, economía, sociedad, psicología y filosofía en su más lato sentido. Al ha-

cerse más complicada y premiosa la interdependencia, los conflictos se agudizan. De allí la recrudecida angustia que invade la inquietud de la conciencia intelectual contemporánea. Ni la sensibilidad y la razón están reñidas entre sí, siendo precisa su colaboración para el pleno disfrute de la felicidad; ni son naturalmente antagónicas la subconsciencia y la conciencia. Tampoco el hombre es un ser perverso que se vale de la conciencia para disfrazar su maldad ingénita con acciones aparentemente buenas. La falla no está en el organismo, ya que es posible provocar neurosis artificiales hasta en los animales. La ambigüedad existencial del ser en el mundo es exarcebada por la extrema polarización de las contradictorias influencias externas de nuestra época, que agrava los angustiosos conflictos que subvierten valores, trastornan la conciencia y trituran los instintos. La inquietud creadora, propia de la salud mental, deriva hacia la ansiedad neurótica.

MARCELO POGOLOTTI.

Los sueños y su significado

Quizá una de las conductas que desde épocas remotas ha reclamado una franca virada del hombre sobre sí mismo, es la que se refiere a la experiencia mágica que llamamos un sueño.

Dicha incursión azorada en los ámbitos de nuestra interioridad, de la que no se libera ni aun aquel que vive proyectado permanentemente hacia su mundo en torno, se patentiza en tanto el hombre asiste al examen consciente de tales imágenes fantásticas, a veces dramáticas, absurdas, pueriles o sin sentido que en ocasiones repiten una vieja escena olvidada o pretenden presagiar un destino.

Así como existe una historia de las ideas filosóficas y científicas, un itinerario del arte, de la artesanía, de los utensilios, en suma, de la cultura humana; historias que conciernen a las etapas de una vigilia incesante, existe también una historia de los sueños, que si bien no ofrece una elaboración sistemática, contiene al menos, desde los enfoques vulgares, profanos y sagrados hasta la interpretación científica de los últimos tiempos, la intención de puntualizar y penetrar el sentido de los materiales caóticos que los pueblan o de la significación de sus símbolos, respondiendo, por consiguiente, al millenario interrogante acerca de esa actividad nocturna tan enigmática como genuina.

No disponemos de la holgura suficiente para agotar aquí las múltiples tesis, conclusiones y aportes de los psicólogos e investigadores contemporáneos sobre el tema que nos preocupa. Habremos, pues, de ceñirnos sumariamente a ciertas concepciones elegidas deliberadamente,

con el fin de señalar, a través de situaciones polares altamente significativas, el estado actual del problema en el curso de la experiencia psicológica.

Para Bergson, por ejemplo, nuestra vida de vigilia se caracteriza por un estado o serie de estados en permanente tensión. Estar atentos a la vida significa estar tensos para la acción. La acción exige conciencia, concentración, actualidad y, por ende, representaciones también actuales. Las representaciones que no interesan a la acción quedan como relegadas, mas no anuladas, vale decir, a la espera de un llamado en lo que podríamos llamar subconsciencia o más propiamente, conciencia virtual.

Debemos pensar que si todas nuestras representaciones estuvieran presentes, si no existiera una selección en función de la acción requerida, nuestra vida psíquica sería desordenada y caótica. La selección constituye una especie de control higiénico de nuestra estabilidad personal. Las representaciones que interesan se actualizan; las inoperantes se postergan.

Sólo cuando la atención a la vida se relaja y disminuye la tensión psíquica, nos dormimos. Por ello pudo decir nuestro autor que dormir es desinteresarse. Entonces es como si decretáramos la arbitrariedad, la anarquía, el libre juego de las representaciones en el ámbito de la subconsciencia, que sin destino determinado, pugnan por surgir y hacerse presentes en una conciencia, que en este caso, se constituye como conciencia onírica.

Mas, aún en tal circunstancia, existe, no obstante, una selección de las imágenes, una forma de organización no ya en función de la «atención a la vida» sino vinculada a la situación actual del durmiente, situación que puede incluir sus vivencias más inmediatas, su estado orgánico, su posición en el lecho, sus experiencias sensoriales, las tareas interrumpidas, etc. Es así que una bujía encendida de pronto frente a los ojos del durmiente, si su sueño no

es muy profundo, hará surgir un conjunto de visiones dominadas por la idea de un incendio; que el crujido de un mueble o el chisporrotear de los leños o cualquier sonido que afecte el órgano auditivo se convierta en conversaciones, gritos, músicas o en el clamoreo de una multitud; que Tartini, en sueños, asista a la ejecución de su sonata inconclusa en la vigilia, etc.

En cualquiera de los casos estamos frente al juego espontáneo de las imágenes, a una selección de representaciones capaces de elaborar una escena, cuyos datos últimos poseen relaciones inmediatas con las capas más periféricas del Yo.

Según esta interpretación la dramatización del sueño no tiene otro significado que el mero enlace causal que se establece entre representaciones vinculadas a la experiencia consciente del sujeto, si bien, ahora, de una conciencia onírica. En suma, en el sueño el sujeto se desinteresa de la acción, lo que equivale a desinteresarse de la realidad. Todas las imágenes que cooperan en la organización de la vida de vigilia quedan libradas a la espontaneidad. Soñar es una experiencia de la vida subconsciente. Es expresión personal, un episodio humano que se agota en los planos superficiales y no va más allá de las resonancias señaladas y de las conexiones con un mundo exterior ante el cual el sujeto no se ha cerrado totalmente.

Pero si nuestra inquietud no se conforma con esta interpretación en superficie, si pensamos que el sueño posee una función no simplemente espectacular sino constructiva, vigilante y gratificadora, debemos recurrir a un nuevo enfoque que, por superar tal concepción, parte de la tesis de una estratificación de la vida psíquica, mejor aún, de la existencia de capas profundas con determinadas representaciones en permanente interacción y dinamismo.

He aquí uno de los tantos sueños, aparentemente absurdos y sin sentido, considerado por Frink. Un amigo suyo sueña una noche que daba puntapiés a un zorrino y que el animal, en lugar de exhalar su olor característico, despedía fuertemente el perfume «Palmer». Intentamos abrazar esta experiencia en su plenitud y analizarla. Si entendemos que se trata de una simple elaboración espontánea y caprichosa, nuestra labor se agota en el plano de lo irreal, absurdo o fantástico por sí. Pero si en tanto, psicólogos, pretendemos indagar sobre el sentido de la dramatización misma y de sus símbolos, si partimos de la base fundamental de que todo acto psíquico posee una significación, es preciso entonces ir más allá de la mera superficialidad de las capas conscientes postulando la existencia de contenidos profundos, que gravitan hondamente en la conducta y en la estructura y desenvolvimiento de la personalidad.

Si colocamos el sueño relatado, por otra parte, sin mayor implicación inconsciente, dentro del contexto asociativo verificado por Frink, llegamos a la siguiente explicación que anula su absurda apariencia: «El perfume «Palmer» recuerda al soñador, llamado Taylor, que en la época del sueño estaba empleado en una farmacia. Un día un cliente fué a comprar una cierta droga y como el producto no estaba clasificado entre los venenos, Taylor se lo vendió sin ninguna advertencia. Cuando el cliente volvió a su casa administró una cucharada a su hijo de seis meses. El niño se resistió a la primera cucharada, no obstante, su padre le hizo tomar una segunda y el niño falleció. En lugar de acusarse a sí mismo el padre hizo responsable a Taylor. Contó la historia, de manera inexacta, a todos los vecinos. Pronto en la pequeña ciudad el infeliz empleado fué centro de los comentarios. Taylor hizo frente a la tormenta y cada vez que un cliente entraba en la farmacia le contaba la historia rectificada. El patrón terminó por alterarse y llamando a su empleado

le dijo: Escuche Taylor, quiero que deje de charlar sobre esa historia. Esto no nos hace ningún bien. Cuantos más puntapiés se dan a un zorrino, más apesta». La noche siguiente Taylor tuvo el sueño que hemos relatado.

En la vida de vigilia un cúmulo de representaciones significativas y arcaicas no han podido surgir, pese a su dinamismo y a sus cargas, al ser reprimidas por sistemas de contención constituídos, entre otros factores, por las costumbres vigentes y las normas de moralidad. En el sueño, relajada dicha censura fundamentada en el principio de realidad, las representaciones latentes logran acceso a las capas superiores, pero aún tras el ocultamiento del disfraz, en el esquema enigmático del símbolo. Por ello, todo contenido manifiesto en la estructura de un sueño incluye siempre un contenido latente y oculto que es preciso desentrañar.

Si tales representaciones han sido reprimidas y reservan, no obstante, una tendencia a la gratificación, el sueño es, cabalmente, expresión de deseos cuya concreción estaba inhibida en la vigilia porque, al resumir apetitos instintivos y pulsiones de la libido originaria, contrarían reglas éticas instituidas por la sociedad.

En el sueño se liberan cargas, se organizan representaciones cuya irrupción había sido vedada, se satisfacen los deseos, se repiten situaciones traumáticas y se tiende al equilibrio de una personalidad insatisfecha o amenazada. De donde se infiere que todo sueño es constructivo y vigía del dormir.

Como en la fantasía y en el mito, como en las conductas mágicas, en el sueño nos gratificamos franqueando los límites de lo prohibido. Allí las representaciones arcaicas y actuales se condensan, los materiales caóticos, ilógicos y distantes en el tiempo, se elaboran, se dramatizan visualmente los contenidos, se proyectan y desplazan las

representaciones. Por consiguiente, el símbolo resume una historia, expresa un deseo o señala la satisfacción de un apetito a través de una elaboración secundaria que utiliza, en ocasiones, los restos diurnos de la vigilia.

Los sueños constituyen, para Freud, la vía regia para la exploración de lo inconsciente. La interpretación, el arduo problema de la interpretación, se verifica por intermedio de los símbolos unidos al contexto de la práctica psicoanalítica. Ellos son la expresión de contenidos genuinos y coinciden con las profundas y ocultas raíces de nuestro Yo personal.

Pero acaso el sueño, dice Binswanger, debería ser interpretado más allá de los símbolos. El símbolo, para Freud, está concebido dentro de los límites de un esquema universal que anula, en buena medida, el problema de las diferencias individuales, de la existencia única e intransferible que se mueve en la órbita de un mundo determinado, de nuestro propio mundo en torno que reserva un carácter eminentemente histórico-social. El individuo es un sí mismo y como tal, confluyen en él lo biológico y lo histórico. La implicación de ambas instancias, es decir, la vida como función y la vida en tanto historia personal, reposan sobre un similar fundamento que es la existencia. El sueño es comienzo de vida biológica y fin de la vigilia. Ambas líneas se funden en virtud de un mismo designio: el individuo total.

Por ello el sueño es una conducta que podemos cumplir aunque no durmamos fisiológicamente, y al constituir una estructura en la que se ensamblan lo arcaico y lo actual con intención reconstructiva, él salva nuestra existencia. Razón por la cual soñamos lo agradable y lo desagradable: poseemos al ser amado o nos vengamos de quien nos ha injuriado; aplacamos tensiones, revivimos situaciones traumáticas, volvemos a sufrir el dolor, proyectamos una forma de vida.

Mas, ahora, el sentido y significación de los sueños, no siempre fácilmente desentrañable, se vincula a la existencia misma en su devenir y en su totalidad, dentro del marco de esas genuinas experiencias que vivimos en nuestros dramas nocturnos.

LUIS MARÍA RAVAGNAN.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

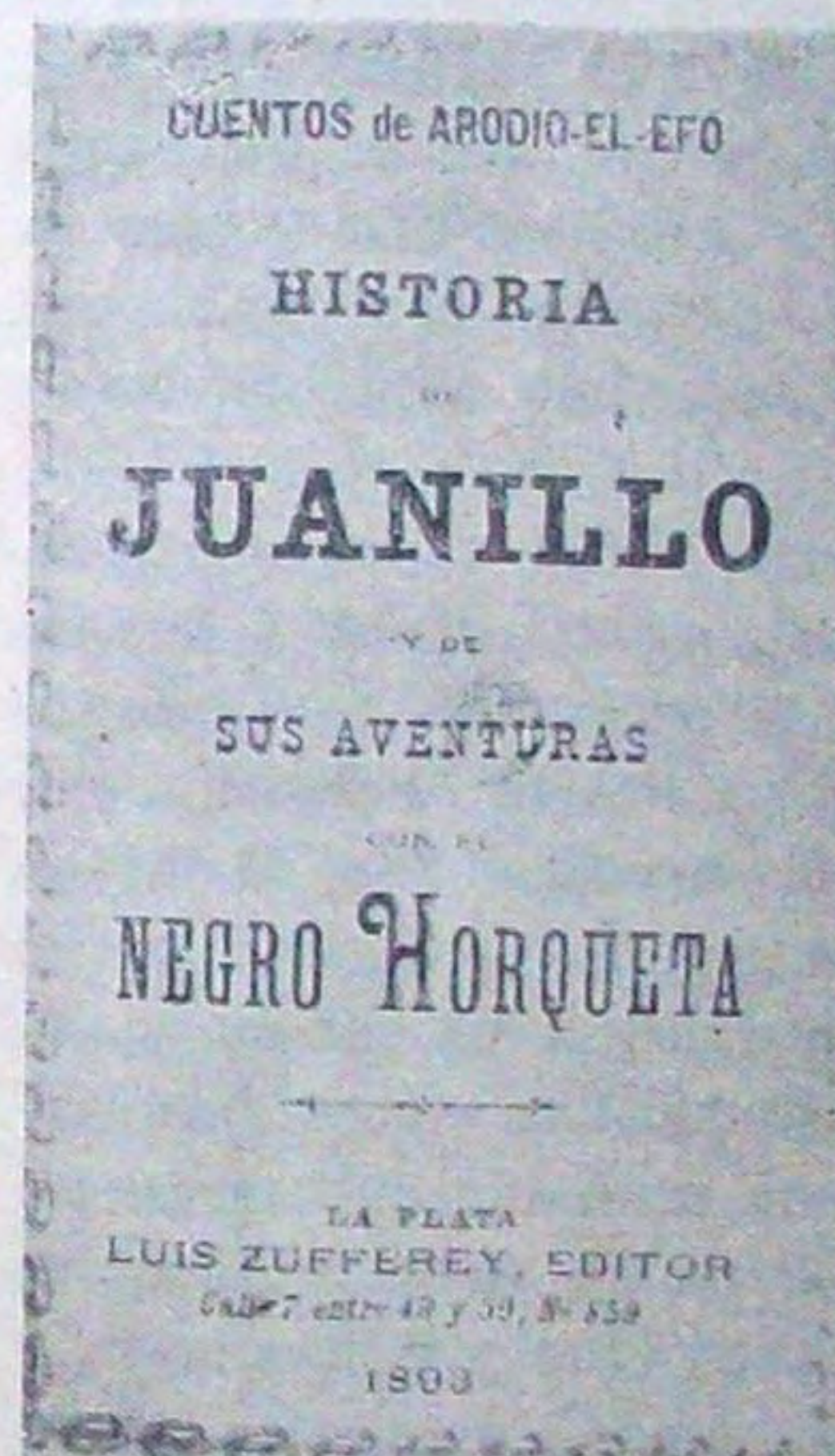
SOBRE UN OLVIDADO LIBRO DE CUENTOS INFANTILES

Si hay un género literario casi virgen durante nuestro siglo XIX, es indudablemente el de los cuentos para niños. Antes de 1900 el niño permanecía ajeno, incluso como personaje de la novelística nacional, pues algunas excepciones sólo llegan a confirmar esta generalizada ausencia.

Los dos autores que se acercaron al mundo infantil con mayor comprensión y ternura fueron dos médicos: Manuel T. Podestá y Eduardo Wilde. Cargado con las tristes experiencias de su profesión ejercida en los barrios más pobres de la capital, Podestá construyó literariamente las semblanzas de sus enfermitos y los consejos higiénicos para salvarlos en *Niños*, librito publicado en 1888 que no es, por supuesto, de lectura recomendable al público infantil.

Quien introdujo el niño a la literatura, como protagonista y también como posible lector, fué Eduardo Wilde. Siete años antes que los doloridos retratos de Podestá, Wilde, médico de ricos, escribió su *Tini*, el cuento que "hizo llorar a medio Buenos Aires". Con éste y otros relatos —sobre todo con "Aguas abajo", que se publicó en 1914, póstumo— Wilde reveló una intimidad que escondían sus entorchados de diplomático, su sonrisa de clubman y sus discursos liberales.

Fuera de estas páginas, el niño permanece ignorado o reducido a un esquema convencional hasta 1905, año de la



aparición de "Stella" de "César Duayen" —Emma de la Barra de Llanos— donde una abundante presencia infantil se destaca con naturalidad no común hasta entonces.

Es por eso que nos interesó vivamente un pequeño volumen, uno de esos hallazgos que dan felicidad al "topo filológico" de que hablaba Nietzsche. Perteneció a una colección destinada a los niños, que se editaba en la ciudad de La Plata antes de terminar el siglo XIX. Se llama "Biblioteca de Recreo" —a 25 centavos el tomo— y en la lista que trae una de las contratapas encontramos muchos títulos publicados: la conocida Blanca Nieves, una vida de la Virgen, cierto "enano encantador", una "fragua encantada", una "estatua prodigiosa" y otros más o menos por el estilo. No se mencionan los autores, tomados desde luego de la literatura universal.

Nos proponemos rescatar del olvido tres cuentos que, dentro de esa "biblioteca" constituyen serie aparte, una serie denominada en general Cuentos de Arodio-el-Efo y que se publicó en 1893. Al margen de la portada, con lápiz, una mano anónima y piadosa aclara el seudónimo adjudicándoselo a Rodolfo Dillon.

No obstante el apodo arábigo, sería difícil suponer extranjero al autor de esos cuentos. Tienen sabor criollo e incluso algunos detalles y ciertos giros de la prosa nos recuerdan a Eduardo Gutiérrez, el folletinista de *La Patria Argentina*. Por supuesto las aventuras narradas por Arodio-el-Efo se sitúan en esas comarcas inverosímiles que son la verdadera patria de los cuentos: mares, ríos y desiertos sin ubicación en el planisferio; islas y territorios donde habitan seres fantásticos; reinos absolutos y profundísimas moradas subterráneas, aposento de gigantes o demonios. Pero en esos inubicables lugares hay estancias y tropillas, estancieros y domadores... En Satanópolis, la ciudad del demonio, los domadores se piden por la "gazeta". El río "que desemboca en un estuario" —en el relato titulado "La fragata negra"—, donde se pescan bagres y sábalos, no es otro que el Paraná. Es decir que estos cuentos de Arodio-el-Efo, narrador platense hasta hoy desconocido, realizan la difícil conjunción de lo clásico con lo nacional. A través de las vicisitudes de sus personajes, aunque se presenten como reyes, hadas y princesas, la atmósfera que se respira tiene el olor de la tierra nuestra.

Los relatos son tres: "Historia de Juanillo y de sus aventuras con el negro Horqueta", "Gusanillo de la Tierra" y "La fragata negra". El primero, cuyo título trae un chispazo

de Eduardo Gutiérrez, nos recuerda página tras página el folletinista gauchesco. Casi podría decirse que Juanillo es un hijo de los Juanes de Gutiérrez; de Moreira, o Cuello, o de Juan Soldado, Juan sin Tierra o Juan sin Patria... Las metamorfosis reiteradas de Juanillo en hormiga, para cumplir sus arriesgadas hazañas, se vinculan a otro célebre personaje: Hormiga Negra, así como ciertas anécdotas traen a la memoria situaciones aparecidas de los héroes de la misma familia.

Veamos la historia de Juanillo. Juanillo es un buen muchacho, un gauchito cristiano y serio, a quien su madre odia precisamente por sus nobles inclinaciones. La madre es bruja, tiene tratos con el diablo y Juanillo ha nacido por obra y gracia de cierta naranja proporcionada por Satanás, que comió la señora con ese fin. Pero la cáscara de la naranja, que ella debía ocultar celosamente, fué ingerida por su yegua, la cual dió a luz su potrillo el mismo día y hora que nació Juan. Niño y animal crecen juntos y son grandes e inseparables amigos, cosa que molesta sobremanera a la mala mujer. Finalmente, para poder vivir tranquilo, el jovencito decide salir a correr mundo con su potrillo, que lo aconseja y previene en sus andanzas como —según es tradición— el "moro" daba avisos a Facundo y Babieca al Cid. Incorporado a la guardia del "rey", Juanillo realiza una larga serie de hazañas para conseguir que aquél cumpla su palabra de entregarle la mano de la princesa. Como en muchos cuentos de este tipo, el rey se resiste a cumplirla y va encargando nuevos "trabajos" al Hércules criollo. No son empresas de magnitud y en que el uso de la fuerza tenga mayor importancia. Por el contrario, todos los problemas se solucionan por medio de la magia y de la astucia. Primero, el rey manda a Juanillo que traiga a la princesa, vivos, dos pájaros de hermosos colores, una pluma de los cuales Juanillo luce en su sombrero. Después empiezan las aventuras con el Negro Horqueta. Es éste un ferocísimo caníbal vecino, rey de un pueblo igualmente feroz y antropófago, al cual Juanillo le arrebató sucesivamente el loro, la colcha de campanillas, el caballo de siete colores, y por fin la libertad y la vida, pues consigue capturarlo y llevarlo en un carro a su país. Lucha luego con él y lo mata. Los continuos éxitos de Juanillo no ablandan el corazón del rey, y solamente consigue la princesa y el trono —a pesar de las aclamaciones y la presión populares, presentes a lo largo del relato— después de la muerte del

rey... o sea a la caída del régimen tiránico. Es curiosa la continua interpretación, mechada en el relato, de las reacciones de la nobleza —políticos— y del pueblo que exalta la figura heroica del protagonista.

Tanto el nombre del Negro Horqueta, como las artimañas que usa Juanillo tienen un gracejo típicamente criollo, sin salir, es cierto, de lo usual en este tipo de ficciones. El episodio en que Juanillo se apodera del caballo de siete colores, aparte de su desarrollo sangriento, nos trae otro recuerdo de Gutiérrez: aquél en que Santos Vega —en la novela homónima— roba del patio interior de una pulpería el parejero célebre de su enemigo. La circunstancia de dejar borrachos a su dueño y contertulios, para llevarse la prenda, es igual en ambos relatos. Hay seguramente muchos episodios semejantes, cuyo recuerdo podría mencionarse aquí, en los folletines de Gutiérrez y en la narrativa universal, pero un rasgo es característico en el pícaro criollo: después de la hazaña, la burla. Santos Vega huyendo a todo galope y golpeándose la boca, es hermano de Juan Cuello robándose el parejero de Rosas y dando una vuelta para que lo vean, y ambos prohijan este héroe que después de sacarle el caballo de siete colores al rey caníbal, le deja el siguiente letrero:

“Negro Horqueta: espero que no te haga daño la comida que has hecho, y que no rebientes (sic) de rabia cuando sepas que tu cocinero y el ladrón de tu caballo ha sido -JUANILLO”.

La comida a que se refiere estaba hecha con... ¡la vieja madre del destinatario! Escenas de sangre, como la que se cierra con ese letrero de burla y desafío abundan en los cuentos de *Arodio-el-Efo*. Mutilaciones, descuartizamientos y cruentas peleas se presentan en estos libritos con algo de bárbaro y primitivo, con esa inocencia que campea en muchas anécdotas igualmente brutales de las “Mil y una noches” y también, no lo olvidemos, hasta en la divulgada historia de Caperucita y el lobo. Hay en las matanzas de Juanillo y sus congéneres, ese tono justiciero y espontáneo, esa naturalidad propia del hombre habituado a ver la sangre, a carnear para comer y a matar para defenderse, no por el sádico placer del crimen. Es una crueldad sujeta a fines, no a refinamientos de ejecución.

Estos pasajes se repiten en los otros dos cuentos de *Arodio-el-Efo* aunque no con tanta crudeza como en el de Juanillo

descuartizando a la madre del Negro Horqueta para preparar un asado, un puchero y un guiso... Son apenas gigantes decapitados y sucesos menos truculentos. Sin embargo, precisamente estos episodios, junto con algunas inconsecuencias lógicas —que por otra parte no deben examinarse demasiado en los cuentos de este tipo— constituyen los mayores reparos que puedan oponerse a los relatos que comentamos. Los otros deberían referirse a la ortografía, no tan desastrosa como variable, donde los acentos cambian de ubicación con frecuencia y el Negro Horqueta pierde a menudo su H, y donde las x, s y z no han resuelto definitivamente su colocación... Es la desorientación ortográfica común a muchos escritores y tipógrafos de esa época, en que la corrección de pruebas parece haber sido totalmente desconocida.

Fijada pues la ortografía y cepillados convenientemente, los cuentos de *Arodio-el-Efo* podrían ser reeditados hoy con tanto éxito como el que probablemente tuvieron en 1893. El tipo de los héroes —gauchos— caballeros andantes, entonces recién nacido, tiene ya una consagración a través de numerosos avatares literarios y cinematográficos que le han asegurado una supervivencia presumiblemente eterna.

Digamos dos palabras de “Gusanillo de la Tierra” y de “La fragata negra”. El título mencionado primero corresponde al nombre de otro protagonista, muy semejante en todo a Juanillo. Como él, realiza hazaña tras hazaña para concluir casándose con una princesa. Pero en este caso las empresas tienen por teatro un ámbito subterráneo: primero la extraña vivienda de un gigante, donde guarda presas a tres hijas de rey, y luego, más abajo aún, la ciudad de Satanópolis. Gusanillo es un gauchito de ley: noble, fuerte, valiente y domador. Le sirven de compañeros y contrafiguras, en la primera parte del relato, otros dos jóvenes andariegos de malos sentimientos, que consiguen casarse con las dos hermanas de la princesa amada por Gusanillo de la Tierra. (Obsérvese que el nombre del personaje indica su habilidad para introducirse en el suelo, tal como lo realiza en los episodios del cuento). En la segunda parte, ya los otros dos se han casado con las princesas malas y han hecho beber “el agua de la mudez y del olvido” a la buena, para que no revele el verdadero autor del salvamento y olvide su cariño. Pero Gusanillo se introduce en Satanópolis, doma a los principales diablos convertidos en redomones, doma finalmente al mismo Satanás y se hace servir por él, a cambio de devolverle una

oreja que le ha cortado, para volver a la superficie de la tierra y reconquistar la salud y el amor de su princesa. Así el héroe triunfa y los malos son castigados.

Si este cuento supera en complicaciones a la historia de Juanillo, más se enreda la trama del último, "La fragata negra", donde el protagonista es un joven estudiante, hijo de un pescador de río. La fragata epónima pertenece a un gigante, igualmente rapto de una princesa, y está tripulada por hombres invisibles, de los cuales Rafael —así se llama el joven— solamente ve las manos. Sería demasiado extenso un resumen del argumento de este relato, donde todos los recursos aparecen utilizados. Sus escenarios se distribuyen en el agua, la tierra y el aire; aparece un hada llamada Delina y vuelve a usarse el truco de convertir al protagonista en hormiga mediante la frase "Dios y una hormiguita"; hay vuelos a lomo de águila, lucha de fieras, batallas, idas y venidas, hasta que todo concluye con la paz y la felicidad de Rafael y su esposa, la princesita Deolinda, los padres de ambos y el reino de Valle Feliz. Este cuento es el más deshilvanado en su complejidad, pues los últimos episodios no guardan una relación de necesidad estricta entre sí. Más bien parecen agregados con el objeto de alcanzar una extensión determinada para completar el volumen.

El diablo que aparece en los cuentos de **Arodio-el-Efo** es Mandinga, aunque no se le llame con ese apodo. Es el diablo del folklore y de los gauchos, el diablo de los cuentos de fogón, más astuto que malvado y con más ardides que poderes, vencido sin embargo por astucia y las mañas criollas del protagonista. Éste, a su vez, adornado con todas las virtudes del caballero andante tradicional, desfacedor de entuertos y consuelo de oprimidos, sobre todo paladín de nobles doncellas, luce además los rasgos que, sin decirlo, configuran al donoso gauchito de nuestra pampa.

La prosa de Rodolfo Dillon es directa, sencilla, colorida; el diálogo espontáneo y la acción abundante, ininterrumpida. En suma, este librito, transposición para los niños de los folletines en boga a fin de siglo, resulta un hallazgo interesante para el bibliófilo y un testimonio útil para el estudio de algunos temas de nuestra literatura finisecular.

ANTONIO PAGES LARRAYA.

EL DIÁLOGO AUTÉNTICO Y SUS CONDICIONES

El malentendido y la guerra. — Cuando se habla de guerra, se piensa en la guerra sangrienta, guerra internacional o guerra civil. Esforzándose, se pensará en la guerra económica de los intereses (competencia entre las naciones, competencia de firmas en cada nación), o aún más, en la guerra ideológica de las pasiones (propaganda, "guerra de nervios"). Pero hay que ir más lejos, o más exactamente, más cerca, regresar de la guerra fuera de nosotros, a la guerra en nosotros, a las raíces del espíritu de guerra: la avidez, las pretensiones egoístas, el sentimiento de superioridad y la dominación, el sentimiento de inferioridad y la envidia, el desprecio y el resentimiento, etc.... Ciertamente, el problema de la guerra sobrepasa quizá la perspectiva de nuestra agresividad personal que viene a perturbar nuestras relaciones con el prójimo. Pero basta que se admita que se está mal encaminado afrontando el problema en grande sin haberse formulado primero, el problema en pequeño, en el orden de nuestras relaciones con los demás.

Ahora bien, las oposiciones que nacen del malentendido pueden ser aún más insidiosas que las oposiciones reales de los intereses. Muy lejos de constituir la excepción, el malentendido es la trama misma de lo cotidiano. Se alimenta de toda diferencia: diferencia de sexo (desentendimiento pasional), diferencia de edad (querella de las generaciones), diferencias de medio social, de oficio (deformaciones profesionales), diferencias de carácter, de humor, de preocupaciones, en una palabra, diferencias en el modo de ser, de sentir, de representarse el mundo, los demás y uno mismo. El "acuerdo sobre el desacuerdo" (Alain), el entendimiento sobre el contenido verdadero de los conflictos, sobre el antagonismo real de los intereses efectivos, sería ya pacificador y liberador. Sólo se resuelven los problemas bien formulados. La posibilidad misma de una solución, por lo tanto, de la paz, requiere la dilucidación, la dispación total del malentendido.

La discusión y sus trampas. — Para superar el malentendido no hay otro camino que confrontar los puntos de vista para intentar aproximarlos. Tal virtud se atribuye a la discusión. Sin embargo la experiencia muestra a menudo que muy lejos de "hacer surgir la luz", la discusión degenera finalmente en un

"diálogo de sordos" que perpetúa y agrava el malentendido. Es pues esencial buscar las razones de tales fracasos.

Al fin de cuentas resultan esto: cada uno va delante del otro con (como se dice) sus baterías bien prontas. Naturalmente se pensará tener en sí la experiencia; se invitará al compañero "a ver las cosas como son"; se pretenderá "dejar hablar a los hechos". Sin embargo, según la prudente réplica de Henri Poincaré, existe una desgracia: "la desgracia es que los hechos no hablan jamás". De esto, cada uno aprovecha para atribuirle su propio lenguaje. No admitiendo que el contrincante pueda participar en la verdad (y uno en el error), dirigiéndose hacia el otro llevando en las manos, redactado con anticipación, un "contrato de adhesión" (cuando sería el momento de estudiar los términos), inevitablemente se bloquea el diálogo en el momento de entablarlo.

Toda evidencia en la partida es una evidencia personal. Invocar los hechos es engañar a los otros y engañarse a sí mismo; no resulta distinto si se invoca la razón o la lógica. En efecto; toda lógica es relativa a postulados de partida, precisamente esas posiciones muy personales que habría que volver a estudiar. Se dirá que bastaría definir esas nociones básicas para entenderse sobre las consecuencias lógicas que de ellas provienen. Pero también allí está la ilusión: la definición puede ratificar el acuerdo realizado en el plano de la comprensión viva; no sabría ordenarla. Ninguna técnica intelectual, ningún mecanismo lógico dispensa del esfuerzo de "comprensión creadora" (Keyserling) que surge de una lógica viva del diálogo, irreducible al "espíritu geométrico". Hay que preservarse continuamente de esta doble trampa, cuya falsa ingenuidad conduce a identificar la causa que se defiende a la de la Experiencia o a la de la Razón. Pues la significación inconsciente no es dudosa: se trata de imponer sus convicciones a los otros. No son éstas las menores tiranías que se reclaman de la Razón o de la Historia. Y el uso de tales nociones es para descalificar al otro. Ahí está el obstáculo de toda discusión: si toma forma polémica la guerra sustituye al diálogo. Muy pronto, la relación de los interlocutores se define en la oposición de las tesis adversas. todo avance de la una sólo puede interpretarse como el retroceso de la otra. El amor propio se despierta; la rivalidad prevalece sobre la preocupación de la verdad. Sólo es cuestión de atacar y defenderse. Y para hacer eso todo resulta bueno: afirmaciones satisfechas o indignadas, burlas, alzamiento de hombros, ironía fácil, juego de palabras, contrasentidos voluntarios,

etcétera... Y cada uno se vuelve, más o menos convencido de haber "arreglado su cuenta" al adversario, y vanagloriándose de haber tapado la boca a aquél, con quien se había propuesto discutir.

Si se es sincero, después de la excitación del combate, habrá que reconocer bien que los argumentos-cachiporras parecen más cachiporras que argumentos. Se volverá, entonces, a mejores sentimientos. Se buscarán arreglos, se hará una prueba de conciliación. El adversario en vez de ser aplastado será tolerado. Un compromiso, más o menos hábil, será construido, naturalmente en retiro, más acá de las pretensiones iniciales de las partes. La violencia primera hace lugar a la astucia jurídica. Una paz de resignación sucede a la guerra. Pero nadie olvida lo que ha debido conceder porque lo necesitaba. Todo el mundo se propone interpretar el acuerdo lo mejor para sus intereses, o ejercer una presión oculta sobre el adversario que se titula reconciliado. O más todavía, nadie ha concedido nada del todo si no es en apariencia, y el recurso hipócrita, a lo "negro-blanco", resulta la última solución de una diplomacia de conciliación.

El diálogo y sus virtudes. — "La paz no es la ausencia de guerra, escribe Spinoza; es una virtud que nace de lo íntimo del alma". Esta virtud, espíritu de paz, condiciona el verdadero diálogo. No es cuestión de atraer al otro hacia sí, y menos aún de calcular concesiones recíprocas; guerra y mercado, violencia y diplomacia a partir de ese momento están fuera de lugar. El espíritu de diálogo se emparentaría mejor con esas actitudes, a la vez vitales y espirituales, como la del niño hacia sus padres, la del discípulo hacia el maestro (parentesco espiritual), la del creyente hacia su dios. En efecto; lo esencial es aceptar plenamente la presencia del otro, abrirse a su influencia. Precisamente, propio del diálogo, es la reciprocidad (en la igualdad aceptada) de las presencias y de las acciones. En los dos sentidos, la "polarización" cumple allí su oficio: de uno por el otro y del otro por uno, acercamiento a un acuerdo de comunión que no está más acá de las pretensiones de cada uno, sino más allá de las concepciones limitadas y parciales de cada uno.

El diálogo es a la propaganda lo que el amor es a la violencia. Todo reside, pues, en el modo de abordar al otro y de accionar sobre él. También se requiere un trabajo previo sobre sí, según la fórmula de un doble ejercicio: recibir en uno, la presencia, la necesidad del otro; el deseo de esta presencia, la voluntad de entrar en lo que es diferente de uno; dar la confianza, la

voluntad de encuentro, el deseo de una mayor conciencia de sí y de los demás. Entonces cada uno se liberará del respeto humano, de las actitudes paralizantes del "personaje"; cada uno dejará lugar a ese "tercer interlocutor" (Emerson) que represente la Verdad borrando el uno y el otro, perfeccionándolos. El otro no nos resulta más extraño que nosotros mismos. Un mismo deber es confiarse al otro y ser uno mismo. Todas las promesas de la unidad se ofrecen a aquel que ha comprendido que los demás están en el término de su propio perfeccionamiento.

MARCEL DESCHOUX.

L'homme et son prochain.

Presses Universitaires de France, 1956.

Traducción de Nélida C. Marchi.

AMEGHINO: EL TRABAJADOR

En la existencia de Ameghino hallamos los testimonios de un espíritu que se proyectó en los tiempos por esa pertinacia en ser lo que no era, para afirmar una personalidad distinta de aquella que configuraban el Director de la Escuela de Mercedes, o el librero de "El Glyptodon". Docente o librero, no excedía las limitaciones impuestas por preocupaciones que no estaban en su entraña. Iba hacia lo otro. Como ser en transformación, hacia el otro yo. Mas, en tal empresa, no marchó hacia los claros objetivos por caminos de asalto. En todo lo que emprendió, había una actitud de combatiente, que es la manera de salir adelante, porque el hombre tiene que ganar el derecho a vivir. Ameghino lo sabía. "Sólo el trabajo y no las intrigas y frases huecas —dice en carta a uno de sus hermanos— pueden dar un nombre; y yo, aunque ya lo he conseguido, continúo trabajando aún a costa de privaciones, hago mi camino y ha de llegar mi día".

Tiene ya el prestigio que trasciende de su genio. Es una consecuencia de su obra. Es, positivamente, su trabajo. Es, pues, un hombre de genio pero, además, es un hombre de sentido. No ignora que el tramo recorrido —y lo conquistado— fué posible merced a su esfuerzo. En todo ello, no se advertirá otra cosa que su voluntad inquebrantable. Y su orgullo, su independencia y su libertad, corresponden a los goces de una existencia que se

ha realizado en plenitud. Nada le fué dado por añadidura. Su victoria —porque hallamos una victoria en el existir profundo— es la satisfacción de quien ha sabido permanecer fiel a los dictados de una conciencia insobornable. Milcíades Alejo Vignati, luego de emparentarlo a Burmeister, Holmberg, Gallardo, Moreno y Ambrosetti, reconoce a "todos ellos sus émulo y contemporáneos ilustres, pero fué tan grande como ellos porque supo aunar en el rasgo descriptivo la chispa luminosa de una idea; porque la osadía de sus tesis fueron fruto natural de su labor ciclópea, porque aún vencido la sangre conceptual derramada fué constantemente fecunda".

A poco de la muerte de Ameghino, el Ministerio de Instrucción Pública, fundando el proyecto de erección de un monumento a su memoria, decía: "Llegó de la nada a la cumbre por sus propios esfuerzos..." Fundar una ciencia argentina es, indudablemente, una cumbre. Pero Ameghino alcanzó otras cimas por donde anduvo a sus anchas. Y Ameghino, en la cumbre del hombre puro y libre, es el que más nos place.

En alguna manera, el sabio es un poeta. Es más difícil ya que el poeta sea un sabio. El poeta —el buen poeta— alcanzó con ello la más alta dignidad. Y si en el magnífico mundo de las armonías descubre, por ejemplo, la imagen del sabio y vuelve hacia él su mirada, y halla que en lo íntimo del ser palpitan idénticas resonancias, entonces el poeta se llamará Leopoldo Lugones.

Lugones tuvo y mantuvo una cordial amistad con Florentino Ameghino. El testimonio es su libro: *Elogio de Ameghino*. Corresponde la obra a las rotundas convicciones sociales que profesó el insigne poeta de *Las Montañas de Oro* y en él se rastrean la audacia y el coraje de su temperamento. Es Lugones quien nos proporciona un delicado perfil del sabio. La obra entraña un exquisito homenaje a su memoria. Quizá sea más poético que científico, por eso mismo más dedicado a la estimación de la vida y las ideas de Ameghino que a su propia labor específica. Eso es lo que señala los méritos de este libro, desconocido ya para los lectores, y que importa una ubicación del sabio dentro de los sentimientos y las tendencias de su tiempo. Evidentemente Lugones fué atraído por la personalidad del sabio. De no ser así, no habría podido darnos el perfil exacto. Porque existen modos para conocer e interpretar la vida del hombre. Uno de ellos —y no es el menos positivo— es penetrar en su intimidad. Los datos que de esa incursión se extraigan, serán válidos para estimar sus esencias universales.

Lo sabía Leopoldo Lugones, quien, en el examen no suavizó palabras ni escondió referencias que, como la enfermedad del padre de Ameghino, ponen una nota dramática en el seno de la familia y en el destino del sabio. Su independencia levantisca y la repugnancia al principio de autoridad, la palabra ruda ante la mentira o la injusticia, y su fidelidad conyugal, son perspectivas que condicionan el destino de una conciencia que sentía un recóndito amor por la vida y por lo vivo.

“Era primogénito, circunstancia que con cierta regularidad, parece no ser extraña a la aparición del hombre de genio —escribió Lugones—. Sus padres fueron italianos y con ellos pasó los primeros catorce años de vida. Parece que su padre sufrió ataques mentales; con lo cual, reconociendo en aquel hijo una gran semejanza, intentó retardar sus estudios, pues temía por su cabeza. El maestro primario de Ameghino desvaneció aquella inquietud, elogiando el raciocinio vivaz y la notable memoria de su discípulo. Era éste, taciturno y retraído, al mismo tiempo que rebelde a toda imposición dogmática. Así, el cura lo excluyó de la enseñanza dominical del catecismo “por indisciplinado”.

“Conservó toda su vida la independencia un tanto levantisca y la repugnancia filosófica al principio de autoridad, resumen práctico de todos los dogmas. Su carácter volvióse, en cambio, expansivo, al asegurarse con los años juveniles su poderosa vitalidad. Gustábale el comentario irónico, a veces rayano en indiscreto; la chispa ingeniosa aunque frisara en grosera; y algo —pero sólo como estímulo de hilaridad— el cuento verde. Todo ello reservado, sin embargo, a la intimidad amistosa y sin llegar nunca a maligno; antes puerilizado en una especie de malicia bonachona, que apenas avinagraba su miel. Tampoco excluía esto la sátira mordaz, el rudo epíteto, pues ante la mentira o la injusticia, salía pronto lo amargo de su verdad. Mas su decoro físico y moral fué siempre severo. Su fidelidad conyugal perfecta, a pesar de su temperamento vivamente amoroso. Su afectuosidad, delicadísima; su desinterés, sin límites; su entusiasmo, ardoroso; su probidad clara y perfecta de suyo como un cristal nativo; su sinceridad, sonora como el hierro; su voluntad tenaz como el bronce. Y todo esto parecía fundirlo la bondad en un lingote de oro.

“Era más bien bajo y delgado. Recordaban sus movimientos la exaltada laboriosidad de la hormiga. Caminaba con rapidez, un poco al sesgo, conforme suele verse en los grandes trabajadores de su laya, que siempre parecen andar acarreado el cubo lleno.

Su rostro fino, de tipo italiano, manifestaba con esa equilibrada oposición en la cual consiste el interés conducente a la simpatía, la perspicacia y la cortedad, la ironía y la benevolencia. Tenía la frente límpida y muy alta, lo cual daba a su arquitectura facial los atributos de la torre, que son constancia, serenidad y nobleza; la oreja grande y regular de los generosos, con implantación baja, que prolongaba favorablemente los diámetros craneanos, dando a su cabeza notable capacidad bajo un aspecto de equilibrada medianía; el ceño, decidido sin violencia, por la regularidad de su relieve; y bajo aquella barra de la voluntad, la mirada de vivacidad afable, que una ligera restricción del párpado derecho, aguzaba suavemente en ironía. Su nariz hallábase respecto al entrecejo y a la frente, en la armoniosa proporción del pilar con el arquivolta y con la bóveda. En su boca acentuadamente voluptuosa, amagaba —como sucede en todas las que son así—, una mueca de amargura; pero el bigote pacífico, parecía afilar una sonrisa sobre las mejillas lozanas”.

El retrato que nos dejó Lugones, es la imagen exacta de quien no puede azorarnos por su vida y su obra. Todo coincidía en él para que fuese un ser ejemplar. Lo espiritual estaba en relación con la armonía física. Es más: lo físico anticipaba las excelencias de un ser que se distinguió por su laboriosidad, por su sencillez y por su nobleza. La certeza de su genio, y los halagos de la gloria, no turbaron el rural itinerario. No fué vanidoso. Ni soberbio. Ambos, son ingredientes que se descubren en la naturaleza de los superficiales. O de los egoístas. Ameghino estuvo fuera de lo pequeño. Careció de tiempo para concedérselo a la vulgaridad.

Puesto, pues, a realizar lo suyo, descubrió que era preciso trabajar. Podía su genio extraer secretos de aquellos materiales sin secretos para los no inclinados a las ciencias naturales. Mas, tuvo otra revelación, simplista, pero que suena bien en un sabio: “Es preciso trabajar para vivir...” Y en las demandas de su genio, y en los reclamos de su vida, el trabajo fué una constante inquietud. Es la confesión de que no es posible hallar nobleza alguna, fuera del trabajo. Su gloria, pues, no es un accidente. Es la corona para un esfuerzo. Es la clave de una voluntad que no se parapetó en la excusa. Que no hizo alarde del sacrificio. Que permaneció en hombre común —límpio, pulcro, cordial— sin actitudes caprichosas y sin leyendas inverosímiles. Ameghino era de franca cepa creadora. Sabía, por ascendencia racial y por extracción filosófica, que al hombre le era preciso crearlo todo: Desde Dios hasta la gloria. Y la definición

más cálida es la de la voluntad que persiste hasta "que llega su día"... ¿Qué día? ¿El de la glorificación? Sí. Mas, no la glorificación de Ameghino sino la de la verdad, que animaron su genio y su conducta.

La dimensión del sabio será establecida por los estudiosos de los problemas científicos. Se ha dicho mucho —y aún sin exactitud— acerca de la obra que corresponde al autor de *Filogenia*. Más aún: le dieron un sentido y una orientación, que no convienen para la estimación del sabio, puesto que reducen la perspectiva del genio. No pueden preocuparnos poco ni mucho las controversias con círculos dogmáticos —a veces, agresivos— que mantuvo y que restaron energías para la formidable empresa científica. El sabio ha de ser un hombre de posiciones claras y concretas. Mas las actitudes personales, correspondientes a las peripecias del movimiento político o social, no lograrán modificar el criterio para la valoración de la obra del estudioso. Albert Einstein era antibelicista. Pero su insobornable posición no agrega ni quita méritos a la labor del sabio. A lo sumo, perfecciona la dimensión del hombre y lo acerca a las pasiones del pueblo. El sabio no podrá ser aquel astrónomo de *Hacia las estrellas*, de Leónidas Andreiev, que al tener noticias de que se halla herido y prisionero un hijo revolucionario, inquiere, en mitad de la escalera que lleva al observatorio: —"Pero, allá abajo, ¿aún se mata la gente, aún hay prisiones?" Si aquello no conviene a una idea superior del hombre, tampoco es posible romper el equilibrio ponderativo, subvirtiendo los valores. Es de ir, que se llegue a mensurar la capacidad del sabio por el temperamento del hombre.

En el afán de ubicar históricamente el perfil del pertinaz investigador naturalista, es preciso recoger las palabras del profesor Joaquín Frenguelli, contenidas en un trabajo de mérito positivo, que responde a la devoción que guarda por el sabio argentino. Dice así: "Un espíritu científico hondamente filosófico se trasunta en todos los escritos de Florentino Ameghino. Pero, Ameghino no es un filósofo.

"Aun cuando profesa un panteísmo ingenuo a la manera de Heráclito; o un monismo materialista a la manera de Haeckel; o un mecanismo crudo a la manera de Loeb; o un naturalismo al estilo de Zola; o cuando se forja una concepción del mundo y del universo a la manera de Comte, Ameghino es siempre un naturalista".

Y debemos resignarnos al juicio de Ingenieros: "En cuanto al problema gnoseológico, piedra de toque para clasificar a un

filósofo, Ameghino admite que la experiencia es el fundamento de todo conocimiento, iniciándose como observación empírica, coordinándose como ciencia y proyectándose en lo desconocido como hipótesis fundada en la experiencia. Nunca trató en particular este problema de lógica, ajeno a sus dominios científicos; pero, siempre que a él se refirió incidentalmente, su obsecuencia al método científico fué absoluta y se esforzó por practicarlo, en cuanto ello le fué posible.

"Por absurdo y paradójal que a la primera vista mi afirmación aparezca, Florentino Ameghino tampoco fué geólogo.

"Nunca se ocupó de los grandes problemas esenciales de la geología: de la dinámica, de la tectónica, de la geofísica, de la geogenia, finalidad suprema de toda ciencia geológica.

"Y cuando tuvo que referirse a ellos carece de originalidad y se limita a repetir las ideas más corrientes, sobre todo entre los partidarios del evolucionismo de Lyell.

"A la geognosia regional, sobre datos casi exclusivamente proporcionados por su hermano Carlos, llegó a través de la paleontología; y sus interesantes síntesis de estratigrafía argentina descansan casi exclusivamente sobre métodos paleontológicos; grado evolutivo de las formas y de los grupos faunísticos, datos estadísticos comparativos, porcentajes de supervivencia.

"La aplicación excesiva y unilateral de tales métodos fué lo que mayormente llevó a Florentino Ameghino a las más estridentes polémicas con geólogos eminentes, como Hatcher, Steinmann, Wilckens".

Franguelli no es un negador sistemático. Páginas más adelante, sostendrá que tampoco es un antropólogo. Por la vía deductiva, llegará a determinar concretamente la exacta personalidad del sabio. Escribe: "Florentino Ameghino tampoco fué un antropólogo. Su franca y leal confesión al respecto, nos quita de toda duda. "Yo no soy antropólogo", contesta a Mochi. Son los descubrimientos del hombre fósil y las relaciones de estos descubrimientos con la paleontología, que me llevaron a invadir un terreno que no es mío, el de la antropología, y esto explica por qué me haya equivocado en muchos puntos".

Nos apresuramos a perfeccionar el elogio del profesor Franguelli para el genio del sabio. "En cambio, Florentino Ameghino fué paleontólogo y un paleontólogo insigne. La paleontología de los vertebrados y, sobre todo, de los mamíferos, su constante predilección científica, es la que le otorgó sus verdaderos títulos de gloria. Es por ella, y exclusivamente por ella, que podemos

proclamar, sin temor de desmentida, que Florentino Ameghino es uno de los más grandes naturalistas de este último siglo.

‘Es el que fundó y formó la paleontología de los vertebrados argentinos. Apenas esbozada por ilustres predecesores, como Muñiz, Owen, Laurillard, Bravard, Burmeister, llegó, por obra de Florentino Ameghino, a adquirir caudales cuantiosos.

‘A pesar de vacilaciones y rectificaciones, en este campo, su producción es vasta y magnífica: solo o con el auxilio de su hermano Carlos, exhuma conspicuos complejos paleontológicos hasta entonces ignorados: en Luján, Mercedes, Monte Hermoso, Chapadmalal, en Entre Ríos, Tucumán, Catamarca, Chubut y Santa Cruz; describe un número extraordinario de formas nuevas, que se incorporan a la ciencia como especies, géneros, familias y órdenes, hasta entonces completamente desconocidos. Por lo menos las tres cuartas partes de los vertebrados fósiles de los ricos yacimientos argentinos han sido estudiados y determinados por Florentino Ameghino’.

Como pudiera no estar perfectamente establecido su juicio, el profesor Frenguelli, agrega: ‘Florentino Ameghino, ante todo y sobre todo, fué paleontólogo. Conviene repetirlo, para que no lo olviden tanto sus admiradores ignaros como sus detractores severos, quienes igualmente parecen dedicados en empañar la sublime figura del sabio, magnificando los errores del filósofo y del antropólogo, del autor de *Filogenia*, del hombre terciario, y de la Pampa, cuna de la humanidad’.

ALBERTO FERNÁNDES LEYS.

LA INSPIRACIÓN POÉTICA

Las más bellas intervenciones de los dioses son aquellas que traducen los movimientos del alma mediante los cuales ella se sobrepasa a sí misma, como ocurre, en el caso de Aquiles, en la escena de la querella, con el movimiento del dominio de sí mismo. Atenea es la diosa más apta para prestar a los hombres esos socorros de exaltación, y recorriendo su papel en la *Ilíada*, se compondría principalmente el cuadro de la vida psicológica, en lo que tiene de más alto; se confirmaría también que lo maravilloso homérico es esencialmente un modo de expresión de la experiencia humana,

que descubre, casi en toda intervención de la diosa, el reflejo de la verdadera naturaleza de nuestra alma, que es el de sobrepasarse y de vencerse sin cesar. Pero ése no es de ningún modo un privilegio exclusivo de Atenea. Entre todas las maravillas del alma que atestiguan en nosotros mismos la omnipotencia de los dioses, la que concierne más directamente a un poeta, es la inspiración poética: la *Ilíada* comienza por una invocación a una diosa inspiradora,¹ y, repetidas veces, Homero, a lo largo de su relato, pide a las Musas, habitantes de las moradas olímpicas, que le dicten sus versos².

La historia de la poesía ve alternar constantemente dos familias de poetas. Según unos, la poesía es una pura diversión. Los otros son alentados por un soplo divino. La perfección de la forma es el único ideal hacia el que tienden los primeros, como artistas puros. Los segundos se presentan como conductores de naciones, como iluminadores de la humanidad. Un auditorio restringido de conocedores basta a unos; los otros se dirigen a las muchedumbres. Sería fácil encontrar en la antigüedad los ejemplos de esta alternancia, y sería inútil recordar como todos nuestros poetas, todas nuestras escuelas poéticas se colocan ya sea en uno, ya en otro de esos dos grupos. ¿Pero dónde situar a Homero?

Homero, inspirado por las diosas, no tiene sin embargo ninguna de las pretensiones de un poeta mago. Puesto que un poeta mago considera a la inspiración como un movimiento del alma privilegiada, y no conoce cosa alguna en su alma ni en la de su prójimo que sea un don de los dioses. Según las creencias de Homero, por el contrario, los dioses no cesan de manifestarse en todas las almas, y de mil maneras. La inspiración poética, por divina que sea, no separa pues de ningún modo a Homero del común de los hombres. De donde surge una suerte de modestia. No se encontraría sin duda algún otro poeta que haya creído tan profundamente en la naturaleza divina de la inspiración³; esta creencia no es absolutamente, en él, un tema literario; es un aspecto de su concepción del hombre y del mundo. Pero también se buscaría en vano otro poeta, en el que la posesión de una

1. *Ilíada*, I, 1.

2. *Il.*, XI, 218, etc.

3. *Odisea*, VIII, 44-63-73.

inspiración divina haya por sí misma provocado menos orgullo. Poeta de corte, iba de banquete en banquete, en casa de los señores Anatolios, sin otra inquietud que la de divertir a los comensales, cantando las glorias de los héroes. En ninguna parte afirma la pretensión de esclarecer ni de guiar a los hombres. Las glorias de los héroes son la obra de los poetas. Sin los poetas ¿quién sabría los nombres de los héroes? ¿Cuántos poetas, más tarde, se jactarán de inmortalizar a los héroes que cantan! Homero no dice nada semejante en la escena de la embajada, en que Aquiles, con la cítara, canta, para entretenerse, los antiguos guerreros.⁴ Una sola vez, en la *Ilíada*, parece que el poeta haya tenido conciencia de la inmortalidad que le confería a sus versos. Helena que recibe a su cuñado Héctor en la morada de Paris, evoca todas las desgracias de las que es causa, así como sus propias desgracias; y parece encontrar algún consuelo en la certidumbre de que ella misma y sus compañeros de miseria serán cantados por los hombres venideros.⁵ Ya está, puede creerse, el tema literario de la inmortalidad por la poesía, pero tan discretamente que es apenas reconocible.

La invocación de las Musas se halla particularmente en pasajes donde la imaginación del poeta se espanta del crecimiento de los episodios simultáneos de una gran batalla, en los casos en que sería necesario ser un dios para conocer y enunciar el detalle de los sucesos⁶, como se dice a propósito de la multitud de hazañas que se desarrollan alrededor del muro aqueo⁷. Parece, pues, que el elemento divino por excelencia, en la inspiración poética, consiste en un poder de hacer revivir en su diversidad, la masa de los hechos, de retener, de fijar y de expresar una información tan extensa, que una memoria humana normal sería incapaz de contenerla. Una tal concepción, cuadra bien a una poesía que se ha complacido tan a menudo en las enumeraciones, por ejemplo en los catálogos de los nombres mitológicos, como esa lista de nereidas, que, en el fondo del mar, responden en coro a las lamentaciones de Tetis⁸, después de la muerte de Pa-

4. *Ilíada*, IX, 358.

5. *Il.*, VI, 358.

6. *Il.*, XIV, 508.

7. *Il.*, XII, 175.

8. *Il.*, XVIII, 39.

troclo. Se ha gustado, en el tiempo de Homero y más todavía en el tiempo de Hesíodo, de los catálogos; el que se llama catálogo de las naves, y que nos hace conocer, en el canto II de la *Ilíada*, los contingentes de que estaba formada la armada aquea, y el número de navíos de que disponía cada uno de aquéllos, comienza por una invocación a las Musas⁹; así mismo, el Catálogo de los mejores guerreros y de los mejores caballos¹⁰ (la invocación falta al principio del catálogo de la armada troyana)¹¹. Es por su memoria, en primer lugar, que los poetas han sido reputados hombres divinos. Más tarde, se dirá que las musas son hijas de la Memoria; en el tiempo de Homero, la memoria es el don más precioso que ellas confieren, y la aptitud para las bellas enumeraciones es considerada como uno de los signos más característicos del genio. Recordemos que el aedo es un recitador, y que toda su lengua poética salpicada de fórmulas a menudo muy antiguas puede ser considerada, así como el metro mismo, como una técnica de la memoria. En cuanto a los episodios guerreros, en una época en que toda batalla no es sino una suma de combates singulares, en que todo relato de batalla no hace más que enumerar hazañas individuales, revelan la misma concepción poética que atribuye el valor más alto, entre todas las facultades del espíritu, a la memoria.

FERNAND ROBERT.

Homère

Presses Universitaires de France.

Traducción de Alicia Poloniato.

LAS VITAMINAS

Tema de universal difusión, en los actuales momentos abarca una serie de adquisiciones en los campos de la medicina, química, física e higiene y resulta uno de los más apasionantes del presente siglo. Un trabajo de Suzanne Gallot que lleva el título de *Les vitamines* y forma parte de una colección de

9. *Ilíada*, II, 484.

10. *Il.*, 761.

11. *Il.*, 816.

divulgación, de gran mérito, con el sugestivo frontis "que sais-je?" —de la cual esta Revista ha reseñado y traducido varios trabajos—, da una profusa serie de datos técnicos y de observación que ponen a punto el problema de las vitaminas. Su autora, licenciada en Ciencias, es también encargada de curso en el Instituto Superior de la Alimentación de París que dirige la doctora Lucía Randoin (Académica de medicina). Es bien expresiva su forma de ubicar en el tiempo este problema: dice que el Hombre, que desde su aparición sobre la Tierra, ingería sustancias que trabajaban para su conservación (las vitaminas) y que él ignoraba, de la misma manera que M. Jourdain, el personaje de *Le bourgeois gentilhomme*, quien descubrió que había hablado toda su vida en prosa, sin saberlo. Así lo han mostrado los fisiólogos en trabajos cuya antigüedad no sobrepasa el cuarto de siglo.

Pero después, como todo descubrimiento importante, es aplicado en seguida a algo útil y el de las vitaminas lo es para la salud pública. También respecto de las vitaminas recuerda la autora citada, que todo descubrimiento importante proclamado por los laboratorios, "gana la calle" y alcanza al vulgo, que lo acoge con entusiasmo o desconfianza exagerada o se apresura con egoísmo a buscarle provecho. Hoy el vulgo ya sabe que las vitaminas son "factores esenciales del régimen alimentario" y ya no se preocupa de aprender más, porque ha llegado a admitir como dogma o postulado, que basta "comer vitaminas" para conservar la salud, a la manera de fármacos depurativos o especias de las Indias. Estos hechos vienen a mostrar que el instinto, que a veces tiene más utilidad para el animal, no permite al Hombre idear un método para seleccionar los alimentos que le convienen; en cambio desnaturaliza un problema vulgarizándolo y abandonándolo luego como a las modas. Mas, como el problema de las vitaminas se relaciona con el organismo humano y su salud, en lugar de olvidarlo, le ha prestado toda su atención y entusiasmo. Ahora la prensa, la radio y toda clase de propaganda, han popularizado las vitaminas y su nombre resulta familiar y hasta se llegan a leer con atención prospectos con verdades indiscutibles sin entenderlas o se atienden opiniones pseudocientíficas, surgidas de esa "Kitsch" o cultura de masas que tratan Macdonald y Ortega y Gasset.

La presente relación tiende a resumir el problema, comenzando por las observaciones anteriores al descubrimiento de las vitaminas, luego su composición, análisis, síntesis, que llegan

a dotar a la ciencia de la maestría para prepararlas; con ello el problema de las vitaminas presentado como contienda entre ciencia e instinto queda resuelto a favor del Hombre, pues al ganar la partida, suple instinto por inteligencia. El progreso de estos estudios nos ha llevado en seguida a conocer las fuentes de producción en los reinos vegetal y animal y las necesidades del organismo humano y animal.

Cabe recordar algunas enfermedades que fueron tenidas por incurables y, al superar todas las edades, parecían más bien una maldición del género humano, que debía soportarlas como un castigo del cielo. Producían innúmeras víctimas y algunas se hicieron "familiares": el escorbuto, beriberi, raquitismo y pelagra. En la Edad Media algunos médicos, tal vez al azar, sea por intuición, emplearon ciertos alimentos que trajeron una mejoría y, alguna vez, la curación.

Ya en el siglo XIX se presentó una nueva forma de escorbuto, el "infantil", fruto tal vez de un exceso de celo que había traído la época de fobia contra los microbios, desencadenada por Pasteur; sea la "pasteurización" o la ebullición o la preparación artificial de la leche, en muchos lactantes de 6 a 8 meses, se presenta el escorbuto mencionado. Pronto se descubren los remedios, antes que la causa del mal que, desde la época de Hipócrates y Plinio el Joven se denominaba "mal de marinos" y también "mal de ciudades sitiadas". El escorbuto alcanzó a la expedición de Vasco de Gama alrededor del Cabo de Buena Esperanza en 1498; este jefe vió morir un centenar de sus hombres por ese mal, que produjo tremendas bajas en la tripulación del segundo viaje de Jacques Cartier a Terranova (1535): los indios curaron a los sobrevivientes con drogas sacadas del abeto. El Almirante Richard Hawkins comprobó en los mares del sur, los buenos efectos del jugo de limón, aunque parece que fué Lind quien los notó primero.

Parecía que el hombre había presentido, instintivamente, el remedio, pero seguía impotente para definirlo: es el caso referido por el sueco Bachström, de un marinero atacado de escorbuto y abandonado en una canoa a merced de las olas: el infeliz descubre en el fondo del bote una hierba que come para apagar el hambre; al cabo de unos días recupera las fuerzas y se cura.

Otro mal grave ha llegado a Europa desde el extremo oriente, en que actúa extensamente: el beriberi, con formas paralítica, hidrópica, manifestaciones secundarias (reumatismo, hinchazón de piernas, palpitaciones cardíacas al menor esfuerzo, etc.); las

tropas vueltas del oriente lo traen en su regreso a Europa. El japonés Takaki hizo una observación capital en 1872: los marineros japoneses morían de ese mal y sus colegas de Europa parecían inmunes. Estudió las condiciones de vida e higiénicas de ambos grupos y halló distinto el régimen alimentario de cada uno. Los japoneses utilizaban casi únicamente arroz descortezado, que no tomaban los europeos. Takaki cambió parte de este arroz por carne y algunos vegetales y el beriberi desapareció; Takaki creyó que había una deficiencia de materias nitrogenadas e hidrocarbonadas. Si no llegó a descubrir la naturaleza del beriberi, halló la manera de prevenirlo, pues la carne posee una sustancia indispensable para el mantenimiento de la vida, que asimilada por el organismo lo cura, probando que no había un origen infeccioso. A la vez, se observó que los pueblos que consumen arroz sin descortezar, no padecen beriberi.

Eljkman, médico holandés que curaba presos atacados por ese mal, en el hospital de Java, observó que gallinas y pollos de la prisión, manifestaban disturbios nerviosos y parálisis; y que éstos comían sólo arroz descortezado y pulido, como los presos. Bastaba darles arroz con sus envolturas para que curasen: imaginó una sustancia tóxica existente en el arroz pulido y erró el camino; su sucesor Grijns comprobó que, en las envolturas, se perdía una sustancia indispensable para la vida y esa privación determinaba el beriberi.

La pelagra es otra terrible enfermedad que es bien conocida: ataca los lugares descubiertos de la piel, con disturbios digestivos y mentales y aun una especie de locura; los sufrimientos a veces llevan al enfermo hasta el suicidio por inmersión en agua para apagar sus dolores de quemadura. Las observaciones, ya en el siglo XVIII se encaminaron en Europa a lugares en que la alimentación era a base de maíz en particular (España, Italia, Francia y especialmente las landas), atribuyendo el mal al cereal en descomposición. Goldberg, con observaciones como las ya dichas, estudió los medios de alimentación, notando que una dieta rica en carnes y legumbres evita la pelagra, curando a los atacados. Se vuelve a probar que el origen de este mal tampoco está en los microbios, porque algunos colaboradores se inocularon secreciones pelagrosas y no contraían el mal sino cuando recibían una deficiente alimentación.

Los infantes son atacados por otro estado enfermizo: el raquitismo, que no es siempre mortal; sus disturbios se asientan en lugares del sistema óseo. Hoy sabemos que el calcio absor-

bido por el organismo no se fija en los huesos y éstos quedan cartilaginosos, con un cortejo de piernas torcidas, columna vertebral desviada, bultos en articulaciones de las rodillas, etc. Glisson había llamado la atención sobre esto, pero recién en el siglo XIX Cheadle descubrió su causa en el orden alimentario. Posteriormente Palm y otros vieron que la luz y el sol curaban el raquitismo. Pero se objetaba si sería el sol simplemente el beneficioso, ya que en África, con sol tropical, hay casos de raquitismo, mientras que en los nórdicos, con una noche de seis meses como ocurre con los esquimales, son bien robustos; el contrasentido se explicó después al hallarse el agente curativo en el aceite de hígado de peces, que ya en el siglo pasado hizo tantas curaciones y hoy tiene íntimas relaciones con la cura de luz y sol.

Hay otra enfermedad, que ataca más a los niños: la querofthalmia, que comienza en un hinchamiento de párpados y dificultad para separarlos, con lesiones oculares, córnea opaca, líquido purulento y puede terminar en ceguera. Es semejante a sus enfermedades "hermanas": en 1857 Mackensie ha emitido su hipótesis sobre el origen alimentario y recrudesció, como se pudo observar, en la primera guerra mundial en Dinamarca, debido a la carencia de leche y manteca. También en Japón se estudió una forma de querofthalmia, llamada "hikan", con desecamiento de epidermis, endurecimiento de la conjuntiva y desarreglos digestivos. La "hemeralopia" o ceguera del crepúsculo, es temporaria y la historia antigua y la de Egipto nos dicen que la remediaban con una alimentación a base de hígado de buey, crudo.

Hemos alargado esta descripción, porque en resumen se puede, a esta altura de la historia, establecer que algunos alimentos, agregados a cualquier régimen, curaban o prevenían alguna de estas enfermedades, consideradas hasta entonces incurables. El escorbuto se combatía con una alimentación a base de jugos de frutas y legumbres frescas; el beriberi con peladuras del arroz; la pelagra no resistía a una alimentación con carnes y legumbres frescas y el raquitismo o la querofthalmia desaparecían o se curaban con la ingestión a altas dosis, de ciertas materias grasas.

A comienzos del siglo XX, los investigadores tratan, más que averiguar las causas de estas enfermedades, cuáles son las necesidades alimentarias del organismo humano, con lo que comienza una era de la ciencia experimental, con observaciones en hospitales y lugares varios al par que en los alimentos,

para tratar de hallar los varios **principios nutritivos** de los glúcidos (antiguamente llamados almidones, azúcares), lípidos (grasas), prótidos (materias nitrogenadas, proteínas o albúminas) y sales que los componen.

De allí se pasó a la preparación, en manos de médicos y biólogos, de alimentos artificiales.

Las experiencias de Lunin en 1888, sobre ratas, llegan a probar que la leche contiene una ínfima cantidad de una sustancia "indeterminada", necesaria para el crecimiento de esos animales. En 1905 el neerlandés Pekelharing lo confirma experimentalmente y concluye con Lunin: una cantidad de leche cruda relativamente insignificante, mezclada a un régimen artificial, confiere a la ración un indiscutible poder alimentario. Cuatro años después, Stepp amplía las pruebas: alimenta ratas con pequeños panes hechos con harina y leche desecada y observa que cuando estos panes se tratan con éter (que retira las grasas) los animales desmejoran; admite que en estas grasas hay sustancias idénticas o análogas a las de la leche cruda.

Entre 1906 y 1916, Hopkins sigue las investigaciones con lotes de animales; a uno les da un régimen artificial con caseína, almidón, azúcar, tocino y sales minerales y a otro, igual ración, más 3 centímetros cúbicos de leche cruda. El primer lote desmejora, el segundo prospera; a los 18 días con los mismos alimentos, invierte su suministro y observa que los resultados también se invierten. A esas sustancias no identificadas, Hopkins las llamó "factores accesorios de la alimentación", con lo que resolvía el problema, mostrando la existencia de sustancias indispensables para la vida y que las otras, conocidas mediante análisis químicos (lípidos, prótidos, glúcidos, sales minerales) eran insuficientes para mantenerla.

Sólo faltaba poner en evidencia esos **indeterminados alimentarios**.

Mc. Callum y Davis y Osborne y Mendel (1912-1913) entrevistaron la vía que los llevaría al descubrimiento de la hoy nombrada **vitamina A**. Prepararon animales con una alimentación artificial bien dosificada y llegaron a producir a voluntad una querofthalmia típica que hasta llevaba a la muerte; también podían curarla, variando el régimen hasta hacerlo favorable. Entre los lípidos (grasas) la manteca daba ese buen resultado, puesto que, quitada de la leche y reemplazada por grasa de cerdo o aceite de olivas, volvía a aparecer la querofthalmia. Se probaba que todas las grasas no eran convenientes, salvo la manteca, lo mismo que el amarillo de huevo, poseedores de

esa sustancia aún innominada. Los autores americanos la llamaron **factor A** y le acoplaron la propiedad de ser soluble en grasas (liposoluble).

Otros factores, del hoy llamado grupo de vitaminas B, fueron investigados por los referidos autores, porque notaron que un agregado de factor A a un régimen de arroz, no bastaba para curar la polineuritis aviaria y accidentes parecidos que acarrea el beriberi. Pero el agregado de gérmenes de trigo, levadura de cerveza y peladuras de arroz obraban con éxito: llamaron al causante, **factor B**, que es soluble en agua (hidrosoluble). Simultáneamente Grijns, en Neerlandia, hallaba que producían efecto semejante al de los granos descortezados los alimentos llevados a alta temperatura, es decir, esterilizados, deduciendo que así se destruían sus "factores" correspondientes.

El sabio polaco Funk (1911-1912) trató de aislar esas incógnitas. Con purificaciones y precipitaciones sucesivas logró obtener cristales de una sustancia activa cuya fórmula también halló: era una **amina**, es decir, una sustancia nitrogenada, orgánica. Por el papel desempeñado por esta amina en los fenómenos de la vida, la llamó **vitamina** y la que halló era la antiberibérica (del grupo B). De este descubrimiento surgió el término "afortunado" de vitamina, que ha perdurado y se aplica por extensión a cuerpos que juegan un rol primordial en la alimentación, aunque otros con propiedades comunes, se sabe hoy que no son aminas. Se llamó **avitaminosis** a las enfermedades debidas a su falta o **carencia**.

Relacionando los resultados obtenidos por los anteriores autores se pudo llegar a identificar, aparentemente, la "vitamina antiberibérica" de Funk y el "factor B" de Mc. Collum se llamó **vitamina B**. Por analogía se llamó **vitamina A**, al factor liposoluble A.

Pocos años después se hallaron algunas especies de anomalías en el comportamiento del factor B de Mc. Collum, llegándose a imaginar que ese factor o vitamina B era en realidad un complejo y tentaron separar sus formadores. En 1922-1923 H. Simonnet y en 1926 R. Lecoq comprobaron tratarse de dos, que llamaron vitamina B₁ y B₂, antineurítica y antirraquítica respectivamente, confirmado después con experiencias múltiples y seguras. Hoy la lista de factores que encierra el grupo B alcanzan la decena; de ellos algunos parecen específicos para una especie animal determinada. Entre las del grupo, una de ellas es la **vitamina P.P.**: parecería una nomenclatura arbitraria, pero se debe a las palabras "Pellagra preventive" o

vitamina antipelagrosa. Goldberger (1925) y colaboradores imaginaron una analogía entre la pelagra y la estomatitis ulcerosa o "black tongue" (lengua negra) y esto se confirmó, porque los mismos principios alimentarios las curaban. Y Funk, Weill y Moriquand establecieron que la pelagra de los pueblos consumidores de maíz se debía a la ausencia de la vitamina P. P.

Holst y Fröhlich, interesados por la suerte de marinos noruegues, sus compatriotas, demostraron sobre cobayos que el escorbuto provenía de la alimentación carente de vegetales frescos, que poseen principios antiescorbúticos, solubles en agua. Con regímenes de alimentos conteniendo grasas y levadura de cerveza (vitaminas A y B), prosperaban palomas y ratas; pero los cobayos enfermaban de escorbuto y a los 30 días morían: bastaba dar a los cobayos unos centímetros cúbicos de jugo de naranja o de limón para curarlos. Estos jugos contienen un principio hidrosoluble, antiescorbútico, que ahora es la **vitamina C**, así llamada por Drummond. También quedó establecido que la rata y la paloma pueden efectuar en su organismo, la síntesis de esta vitamina, partiendo del alimento. El hombre, el caballo y el mono no tienen esta facultad y resultan por tanto, vulnerables a esta avitaminosis. En 1917, alentado por algunos de los resultados que van reseñados, como la lucha contra el beriberi y escorbuto, trató de estudiar el raquitismo, que empíricamente se curaba con el sol y aceite de pescados; observó que otras grasas, fuera del aceite de hígado de bacalao no daban resultado y pensó que se trataba de la vitamina A. Mc. Collum, Sherman, Hopkins y otros, demostraron que un régimen rico en vitamina A, pero pobre en fósforo y excesivo en calcio o viceversa, determinaban disturbios en la osificación, con raquitismo, en ratas: el desequilibrio mineral desaparecía con el tratamiento clásico de aceite de hígado de bacalao. De aquí surge la idea de una vitamina antirraquítica, que después mostró distinto comportamiento frente al calor y la oxidación y era liposoluble: se nombró **vitamina D**.

En el siglo XIX se notaba la despoblación de algunos centros que fueron llamados "desheredados", creyéndose debido a deficiencias alimentarias. Recién en 1922 a 1925 las experiencias de Sure y Evans establecieron que hay una vitamina que favorece las funciones de reproducción; con ratas se llega a encontrar que ella existe en los gérmenes de trigo o el aceite sacado de éstos; es liposoluble y por su acción es antiesterilizante. Hoy constituye la **vitamina E**.

Con ritmo acelerado fueron despejándose las incógnitas alimentarias. Los síndromes hemorrágicos observados en p^llos sometidos a régimen escorbútico, subsistían a pesar del suministro de jugo de limón; Dam y Schöneider (1936 1937), comprobaron que la hemorragia provenía de la falta de un factor contrario a ella, y resultó ser la **vitamina K**, que Dam bautizó así, con la inicial de "Koagulation".

Estos estudios se difundieron en el mundo entero pero faltaba establecer la naturaleza de las vitaminas. No faltaron detractores que, burlescamente las erigieran en "panaceas". Pero la ciencia no se desanima: recuerda Suzanne Gallot que Pasteur con la esterilización, conmovió la opinión, hallando partidarios y detractores; que María Curie al descubrir el radio luego de pacientes trabajos que comunicó a su padre, el viejo profesor de Varsovia le contestó: "Al parecer, este trabajo sólo tiene un interés teórico"; y concluye haciendo notar que excesos de indiferencia o de ignorancia son igualmente perjudiciales y en el caso de las vitaminas lo dicho sobre posible presencia de un tóxico o un germen infeccioso, que originarían enfermedades y muerte; los hechos probaron que esto se debía, precisamente, a la ausencia de una sustancia que podía impedirlo. Debe recordarse que la civilización, con su cortejo de bienestar, confort, etc., ha llevado al hombre lejos del contacto con la naturaleza y este alejamiento irracional ha ocurrido tan luego en el campo de la alimentación: los alimentos, sometidos a acciones mecánicas y químicas, como la privación de cascari-llas al arroz, refinación del azúcar y otras, buscando una pretendida mejora del alimento, han quedado privados de las sustancias esenciales que la previsión de la naturaleza había agregado a los alimentos para los fines que ahora conocemos.

La racionalización de los cultivos y preparación de los alimentos y el estudio de su equilibrio, eliminación de la monotonía en la alimentación, etc., han llegado a desterrar el escorbuto y otros males. El hombre, manejando las vitaminas con discreción, ahora posee la maestría necesaria para el tratamiento racional de las **avitaminosis**.

Hace pocos años que se conocen totalmente las vitaminas a través de sus propiedades físicas y químicas: solubilidad en agua o en lípidos, su resistencia a la oxidación o al calor: la C es la más inestable del grupo hidrosoluble y la A del liposoluble. Hechos que S. Gallot resume en una frase interesante: "La verdad científica es un perpetuo descubrimiento y no tiene ese carácter definitivo y estadístico de las ciencias ma-

temáticas, por ejemplo, pero procede de la experimentación, que modifica incesantemente la forma y alcances. Si se conoce bien hoy la estructura y rol de un cierto número de vitaminas, hay otras que presentan misterios que el genio de los sabios trata, lentamente, de penetrar". La lista de estos factores no es completa y su interés no es abstracto sino útil y práctico; podemos ver, agrupadas, las principales vitaminas y sus propiedades:

Vitaminas del grupo hidrosoluble:

Vitamina C o ácido ascórbico.
vitamina P o epi. atequina.
Vitamina B₁ o aneurina o thiamina.
Vitamina B₂ o rivo flavina.
Vitamina P.P. o amida nicotínica.
Vitamina B₆ o piridoxina.
Ácido pantoténico.
Vitamina H o biotina.
Ácido fólico.
Mesoinositol.
Ácido para-amino-benzoico.
Colina.
Vitamina B₁₂.

Vitaminas liposolubles:

(del grupo A)

Vitamina A o aqueroftol
Ciertos carotenoides $\left\{ \begin{array}{l} \alpha \text{ caroteno, etc.} \\ \beta \text{ caroteno} \end{array} \right.$

(del grupo D)

Vitamina D₂ o calciferol
Vitamina D₃

(del grupo E)

Vitaminas E $\left\{ \begin{array}{l} \alpha \text{ tocoferol.} \\ \beta \text{ tocoferol} \\ \gamma \text{ tocoferol} \end{array} \right.$

(del grupo K)

Vitamina K₁ o filoquinona.
Vitamina K₂
Vitamina K₃.

En el "palacio de los descubrimientos", sección medicina (París) se presentan vitaminas cristalizadas, en polvo, de varios colores, copos radiados, etc., resultados de estudios fisicoquímicos posteriores a los tanteos fisiológicos; esto pone fin a la duda sobre la existencia real de las vitaminas, que son de tipo orgánico, por contener carbono junto a otros elementos; hoy se obtienen en los laboratorios por extracción con disolventes apropiados que los purifican o mediante reacciones combinadas con agentes físicos como la temperatura, etc., y aun se preparan por síntesis. Es de notar que el cuerpo humano no es capaz de efectuar este trabajo y no dispone más que de las vitaminas que le ofrece la naturaleza y que aun es una parte de la molécula de la vitamina lo que actúa bajo forma de ciertos grupos de átomos o algunas ligazones de éstos, encerradas en su molécula.

El estudio de las múltiples propiedades y estructura íntima de las vitaminas, ha facilitado el conocimiento de su rol en el organismo. En laboratorios de fisiología y de química, se han comprobado propiedades esenciales, como la de la **oxidabilidad**, traducida en una acción química ejercida por el contacto del aire sobre la molécula de vitamina en que modifica la acción de ésta debilitándola y hasta haciéndola desaparecer; pero aquí influye el medio ácido o alcalino, éste en las hidrosolubles, mientras que la acidez las hace durables. Ambos medios en las liposolubles no influyen en la velocidad de oxidación. Se han conocido las modificaciones de varias vitaminas en estos medios, que influyen directamente sobre su conservación inalterada, a lo que se suma el factor **temperatura**; resultan todas sensibles al calor, lo que ilustra sobre la posibilidad de conservar alimentos preparados: la vitamina A resiste al calor de la cocina común pero se destruye a altas temperaturas (esterilización) y la convierte en la menos resistente de las liposolubles; el calor no actúa sensiblemente sobre la estabilidad de las D, E, K. En cuanto a solubilidad en agua o en lípidos, se tendrá en cuenta al emplear los alimentos que las contienen.

Del mismo modo que los estudios químicos han permitido conocer su composición, preparación y síntesis, se ha llegado a dosarlas, o sea, determinar la riqueza de un producto o averiguar si un organismo se halla en estado de carencia o señalar la cantidad que encierran sus humores o tejidos. La mayor dificultad se presenta frente a la pequeña cantidad de vitaminas que contienen los alimentos, que son casi despreciables: